932

ALEJANDRO P. MARISTANY

La audaz aventura

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Copyright, by Alejandro P. Maristany, 1917

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

Al espléndido empresario
y querido amigo D. Arturo
Serrano, con todo mi agra-
decimiento

A. P. Marsiaty

1917

LA AUDAZ AVENTURA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

———

Droits de representation, de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvege ét la Hollande.

———

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA AUDAZ AVENTURA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

DE

ALEJANDRO P. MARISTANY

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL de Madrid, la noche del 28 de Febrero de 1917

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, NÚMERO 551
1917

A Antonia Plana

y

Luis de Llano

con todo cariño y agradecimiento.

A. T. Maristany.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA ISABEL	Antonia Piana.
LA MARQUESA viuda de Villalba.	María Brú.
ROSARITO	Margarita Díaz.
MARTA	María Banquer.
CALIXTA	Manuela Valls
VISITACIÓN	Pilar Pérez.
UCEDA	Luis de Llano.
ANDRÉS DEL VALLE	Francisco Hernández.
EL PADRE ALONSO	Pedro González.
LUCIANO, marqués de Villalba	Nicolás Navarro.
EL CONDE DE ARENZANA	José Rausell.
JORGE	Luis Torrecilla.
EL GENERAL	Pascual Sánchez Bort.
BERNARDO	Enrique Leyva.
HILARIN	Miguel de Llano.
UN CRIADO	Rafael Sánchez París.

Los actos primero y tercero en Valdemoral; el segundo en Peñalar, ambos, pueblos fantásticos de Castilla.—Epoca actual

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Salón de planta baja en la hermosa quinta de la Marquesa viuda de Villaba, en Valdemoral. Una puerta a cada lado, y en el foro dos grandes puertas de cristales por las que se sale a una terraza, bajo cuyo toldo hay mesas y sillones de junco. Más allá el parque con sus añosos árboles, y en el fondo las colinas próximas. El decorado de la habitación es moderno, y el mobiliario, aunque de antiguo origen, está adaptado al gusto actual.

Son las cinco de la tarde de un delicioso día de septiembre.

ESCENA PRIMERA

MARÍA ISABEL, ROSARITO, MARTA, UCEDA, el CONDE DE ARENZANA, ANDRÉS y JORGE, sentados en escena. La MARQUESA y el GENERAL en la terraza conversando. María Isabel concluye de servir el té

M. Is. A ver, a ver, Uceda; no desvíe usted la conversación. Hablábamos de mujeres. Díganos usted lo que opina.

Uceda Con mucho gusto, pero... concretemos.

Jorge Se hablaba en general.

Marta ¡Claro, conoce usted tantas!...

Uceda No lo crea usted, son infinitas las que no conozco; además, no encontraríamos dos iguales.

M. Is. Perdone usted que le interrumpa... (Acercándose al foro.) Mamá, ¿vienen ustedes a tomar el té o lo llevo?

670256

Marq.a Aquí se está deliciosamente, ¿verdad, General? Da pereza levantarse.

M. Is. Pues lo llevo. (Andrés y Uceda se levantan.)

Uceda De ningún modo.

And. Permítame usted...

M. Is. ¡Qué amables!...

Gen. (Entrando.) No voy a consentir que nadie se moleste. Deme usted las tazas, María Isabel. Parece que anda muy animada la conversación. (Andrés y Uceda se sientan.) ¿De qué se trata?

Conde Ahora le toca el turno a las mujeres, antes fué a los trapos... (María Isabel entrega dos tazas al General.)

Gen. Muchas gracias.

M. Is. Gracias a usted.

Gen. Sigan, sigan. (Vase el General a la terraza.)

M. Is. Perdone usted la interrupción y siga el maestro. (Risas.)

Ros. Vamos, Uceda, que no podrá usted quejarse.

M. Is. Claro, en amores y amoríos es un maestro.

Marta ¡Ya ve usted lo que puede la fama!

Uceda Renuncio al título, pero sigo. Yo no creo que exista en el mundo una mujer que no ame o que no haya amado.

M. Is. Como probablemente no existirá ningún hombre.

Uceda Sí, pero las mujeres saben ocultarlo admirablemente y a nosotros, nos es forzoso escudriñar hasta los últimos pliegues del corazón femenino, para saber si existe en realidad. Los hombres somos menos hábiles, no sabemos ocultarlo: cuando amamos tarde o temprano lo decimos.

Marta ¡Ya lo creo!

Uceda O lo demostramos.

Conde En efecto, hay que proclamarlas maestras en el arte de ocultar el amor.

Uceda Creo más; creo que nos ofuscamos ante la mujer y perdemos nuestro dominio.

M. Is. Dependerá de los hombres.

Uceda O de las mujeres. ¡Como ustedes se empeñen!... Tienen ustedes el recurso inmenso de la belleza y de la coquetería, porque naturalmente, se habla de la mujer capaz de

inspirar una pasión. A nosotros nos ciega la vanidad, el ansia de conquista. Ustedes con una mirada, con una sonrisa, nos desorientan por completo, y no se dejan engañar ni por palabras, ni por sonrisas.

M. Is. Quizá se equivoca usted.

Marta ¡Ya lo creo que se equivoca!

M. Is. ¡Cuántas mujeres están seguras de un amor y comprenden a veces demasiado tarde que se han engañado!

Marta No entremos en el capítulo de mujeres engañadas por la astucia de los hombres, que fuera interminable la lista.

And. Son muchos los que aman y no lo dicen.

Uceda No lo crea usted; el que siente verdadero amor no sabe ocultarlo, y en una u otra forma lo exterioriza.

And. No estamos de acuerdo. Hay quien siente amor por una mujer y aun considerando que con ella ha de ser feliz, nada la dice.

Conde ¡Absurdo!

Uceda Enteramente absurdo.

Jorge Es el amante tímido.

And. No lo creas; es el amante que duda si será correspondido y teme la respuesta.

Uceda Porque desconfía de sí mismo.

And. Tal vez porque considera demasiado a la mujer que ama.

M. Is. (A Rosarito.) ¡Ya ves lo que saben los hombres! Aprende, aprende.

And. ¡Se ha hablado tanto de amor!

Jorge Los poetas han exagerado mucho

And. Los poetas dicen las cosas con realidad... literaria.

Uceda María Isabel, antes me preguntó usted lo que opinaba de las mujeres. ¿Quiere usted darme su opinión sobre el amor?

M. Is. Pues el verdadero amor no le cuentan ni poetas, ni literatos; cada uno lo siente a su manera, y no se impone; suele nacer espontáneamente. Los poetas han llegado a cantar los besos, los ríos y las fuentes, como los antiguos cantaban las ninfas o las musas; pero todo esto son admirables variaciones sobre un sueño, una fantasía.

Todos ¡Bravo, bravo! ¡Muy bien!

Marta De todo lo cual se deduce, que la mujer virtuosa debe guardarse mucho.

And. Claro, por esto el serlo es mayor mérito.

M. Is. Sí, sí, todos ensalzan a las virtuosas y hacen lo posible para que dejen de serlo.

(La Marquesa y el General vienen a escena. Andrés, Jorge, Rosarito, Uceda y María Isabel hablan en un grupo.)

Marq.ª ¿Dónde andará Luciano que no ha venido a tomar el té?

Marta Encerrado en el despacho con una comisión de electores que no le dejan.

Conde El triunfo es suyo, Marquesa, y hay que sufrir las impertinencias de la elección.

Marq.ª ¿Cree usted, Conde, que realmente triunfará?

Conde ¡Quién lo duda!

Gen. En el mitin de ayer el Conde estuvo elocuentísimo.

Conde Les dirigí cuatro frases de relumbrón, les hice algunas promesas en nombre de Luciano...

Marq.ª ¿Las podrá cumplir?

Conde ¡Ah, Marquesa; si en la propaganda electoral sólo pudiera prometerse lo que se piensa cumplir!... Al pueblo se le ilusiona, se le deslumbra; generalmente se le paga y se asegura el triunfo. Luego .. luego se hace lo que se puede.

Marq.ª Sí, pero al volver a presentarse...

Conde Se hace lo mismo: ¡quién se acuerda ya!

Marta ¿Y no sienten ustedes escrúpulos?,..

Conde Al principio... sí; pero a todo se acostumbra uno. (Siguen hablando bajo.)

Uceda Si no tienen ustedes algún proyecto para esta tarde, bajaré al pueblo para un asunto que me interesa.

M. Is. (En chanza.) ¿Se trata de la conquista de alguna pueblerina ideal?

Uceda ¡Ya ven ustedes en qué concepto se me tiene en esta casa!

Ros. ¿No lo considera usted justificado? ¡La fama, Uceda!

M. Is. Andrés, ¿quiere usted que juguemos una partida de tennis con Rosarito y con Luciano en cuanto se libre de la comisión?

Ros. Pues voy a casa en busca de mi raqueta. ¿Traigo la tuya, Andrés?

And. Gracias, prima, la dejé aquí ayer.

Uceda (A Rosarito.) La acompaño, si usted me lo permite.

Ros. Con mucho gusto.

M. Is. (Riendo.) ¡Que no se nos pierda, Uceda!

Uceda Dentro de media hora me tiene usted de vuelta. (Vanse por la derecha Uceda y Rosarito.)

And. Cuando usted quiera.

M. Is. ¿Vamos? (Al grupo.) ¿Vienen ustedes? (Jorge se ha acercado al grupo. María Isabel y Andrés vanse al jardín.)

Gen. A ver, Jorge, hay que organizar la acostumbrada partida de tresillo.

Jorge Por mí, si el Conde...

Conde Voy a escribir dos cartas y soy con ustedes.

Gen. Podemos jugar aquí mismo en la terraza.

Jorge Mejor al aire libre. La tarde está hermosa.

Marq.a Junto al tennis, bajo los árboles, se estará perfectamente.

Conde Pues con su permiso...

Jorge Que no tarde usted, Conde.

Conde No, no, hasta ahora. (Vase por la izquierda.)

Jorge (A Marta.) ¿Tú no juegas al tennis?

Marta Hace mucho calor.

Jorge Pues voy a decir que lleven la mesa de tresillo al jardín. (Vase por la izquierda.)

Marq.a (Al General.) ¿Vamos, General?

Gen. Vamos, Marquesa. (Al salir.) Debían ustedes dar una fiesta. Estos jardines son hermosos y la casa un encanto, lujo, confort...

ESCENA II

LUCIANO, en seguida un CRIADO, más tarde ROSARITO

Luc. (Que entra leyendo.) ¡Por ahora cincuenta y dos que han de cobrar en un solo pueblo! ¡Malditas elecciones! (Timbre. Luciano se acerca a la terraza. Entra un Criado.) ¿Dónde está el señor Conde?

Criado Hace un instante subió a su habitación.

Luc. Bien.

Criado ¿Quiere el señor Marqués que le diga?...

Luc. No, no, retírate. (Vase el Criado. Luciano examina de nuevo la lista. Entra Rosarito.)

Ros. Hola, buenas tardes, Luciano.

Luc. Buenas tardes, Rosarito.

Ros. ¡Poco se le ve a usted! Vecinos y desde ayer sin vernos.

Luc. No andaba lejos. Esos electores no me dejan. ¿A dónde va usted con la raqueta?

Ros. María Isabel y Andrés me aguardan. Y a usted también.

Luc. Vamos, no lleve usted tanta prisa. La ruego que se siente y me escuche. Hay que aprovechar los momentos

Ros. Toma usted la política con tanta afición...

Luc. ¿Afición? Por complacer a mi madre y porque me distrae de la monotonía aterradora del campo. Si no fuera por usted, Rosarito; por usted, en quien descubro cada día nuevos encantos, y por los invitados, la aseguro que, aun sabiendo que iba a regañar con mi madre, me largaba a Madrid.

Ros. ¿Tanto le aburre a usted el campo?

Luc. Como usted no puede imaginárselo. ¡Y mamá empeñada en pasar aquí un par de meses todos los años! Por las noches al acostarme siempre digo lo mismo: ¡Señor!, ¿por qué tuvo mi pobre abuelo la ocurrencia de comprar esta propiedad tan lejos de Madrid?

Ros. Probablemente para disfrutarla.

Luc. Se equivoca usted; murió a los seis meses sin disfrutarla ni ocho días, y yo que me aburro en ella y la odio, llevo veintiseis años contemplando los mismos campos, las mismas gentes, los mismos árboles, las mismas casas.

Ros. Veo que usted no siente la necesidad de la vida reposada.

Luc. Pero... ¿quiere usted más reposo que sentarme toda una tarde en el Casino charlando con los amigos o contemplando a las mujeres bonitas que desfilan por debajo de sus balcones? ¿Hay más belleza en el campo, hay más variación? A los poetas esto les parecerá delicioso, pero, la verdad, me aburro como una ostra.

Ros. Luego irá usted a Madrid.

Luc. Sí, cuando pasen las elecciones.

Ros. No debe usted quejarse, que la quinta es deliciosa.

Luc. Si reconozco que para otro cualquiera sería esto un pequeño Versalles; pero yo echo de menos los teatros, los Casinos, los amigos y bendigo a su padre de usted que la ha traído aquí, única alegría en mi destierro.

Ros. ¡Vamos, que ya se divertirá en Madrid el señor diputado! ¡Quién sabe si llegará usted a regir los destinos del país!

Luc. No lo crea usted. Dios no me llama por ese camino. Además, figúrese usted que en mis veintiseis años sólo he leído una docenita de novelas francesas .. escogidas.

Ros. ¿Escogidas... por usted?

Luc. Por supuesto. Que jamás me he preocupado de estudiar nuestra legislación, y que de mi carrera de abogado sólo recuerdo que la terminé hace tres años. ¿Cómo voy a levantarme a defender una proposición o a discutir los presupuestos?

Ros. Lo comprendo, pero hay que sacrificarse.

Luc. Es realmente un sacrificio; pero la juro que las horas que pierdo hablando con mis electores, las cambiaría gustoso por estos momentos en que me hallo junto a usted viéndola, oyéndola... y admirándola.

Ros. ¡Por Dios, Luciano!...

Luc. Sí, sí, me gusta usted; y si no fuera por la maldita política, ya le hubiera dicho a estas horas que la quiero, que la adoro.

Ros. Luciano, ¿pero sabe usted lo que dice?

Luc. Nada, si no digo nada. No se lo he dicho a usted porque... porque no me han dejado. Ah, pero se lo diré, ya lo creo que se lo diré, y para entonces vaya meditando la respuesta. ¿Qué me responderá usted?

Ros. ¿No me ha dicho usted que lo vaya meditando? Pues ya veremos, no lleve usted tanta prisa. (Entra el Conde con dos sobres.)

ESCENA III

DICHOS y el CONDE DE ARENZANA

Conde ¡Ah, pero está aquí Luciano!... Yo le creía con sus electores.

Luc. He podido soltarles, y aprovecho los momentos que me dejan para hablar con Rosarito.

Conde Pues tengo que hablarle.

Luc. Me tiene usted a su disposición.

Ros. Dejo a ustedes...

Conde No se vaya usted, que no son secretos.

Ros. Es que me aguardan. No olvide usted, Luciano, que tenemos una partida pendiente.

Luc. Iré en seguida.

Ros. Hasta luego.

Conde Adiós, Rosario. (Vase Rosarito y Luciano la contempla mientras sale.)

ESCENA IV

LUCIANO y el CONDE

Luc. ¿Verdad que es lindísima?

Conde Muy mona. ¿Se ha declarado usted ya?

Luc. No. Es preciso marchar sobre seguro. ¿Qué iba usted a decirme?

Conde Querido Luciano, estoy contrariado, disgustado...

Luc. ¿Conmigo?

Conde Con usted precisamente... no; con las circunstancias. La presencia de Uceda en esta casa me desagrada.

Luc. Es una persona muy agradable.

Conde De malísima reputación en cuestión de faldas.

Luc. Pero correctísimo en sociedad.

Conde Además, tuvo relaciones con su hermana de usted.

Luc. Antes de casarse. ¿Eso qué tiene que ver?

Conde Me consta que ha venido para hacerla el amor y no pierde ocasión. Yo traigo aquí

mi plan. Usted sabe, querido Luciano, que su elección era dudosa. Yo le ayudo en sus luchas políticas. Usted .. debe ayudarme en mis luchas de amor.

Luc. Sí, pero... mi hermana es mayor de edad, es viuda; conserva mal recuerdo de su primer matrimonio... y ya sabe usted que su carácter es muy original. Uceda es graciosote, la divierte... es su flirt.

Conde Debe usted hablarla en mi favor.

Luc. Lo haré con mucho gusto, aunque... no respondo del resultado. (Por la lista.) Quería que examináramos esto, pero... voy a cumplir con Rosarito. (Se dirige a la terraza.) Allí está mi hermana cortando flores.

(Entra un CRIADO.)

Criado Señorito...

Luc. ¿Otra comisión?

Criado Dos hombres vienen preguntando por el señor Marqués.

Luc. Imposible recibirles: que vuelvan en otra ocasión.

Conde ¿Cómo, no va usted a recibirles?

Luc. Ahora no. (Vase el Criado.) En estos momentos me debo a una mujer, que ya comprenderá usted que no la cambio por todo el censo electoral. (Vase por el foro. El Conde queda en la terraza contemplando el jardín. Vuelve a escena, toca el timbre y un minuto después entra el Criado, a quien el Conde entrega dos cartas.)

Conde Cuando bajes al pueblo...

Criado Bien, señor Conde. (Vase el Criado. Al dirigirse nuevamente el Conde a la terraza se detiene, queda a un lado y entra, cruzando la escena, María Isabel con un cestito de flores.)

ESCENA V

MARÍA ISABEL y el CONDE

Conde ¿A dónde va usted tan deprisa?

M. Is. A llevar estas flores para la mesa.

Conde Quisiera que me oyese usted unos momentos, si es que quiere usted complacerme.

M. Is. (Muy amable.) ¿Tiene usted mucho interés en que sea ahora?

Conde Mucho.

M. Is. ¿Tan importante... es lo que va usted a decirme? Porque si no lo dejaríamos para luego.

Conde ¿No quiere usted concederme estos minutos?

M. Is. Sí, pero .. Andrés me aguarda en el jardín y acabo de decirle que quiero hablar con él.

Conde ¿Puede saberse la razón de esa... preferencia?

M. Is. No es preferencia. Usted solicita que le oiga, y yo le digo que si no lleva usted prisa...

Conde Deseo hacer una pregunta.

M. Is. ¿Una sola?

Conde Si la contesta usted satisfactoriamente me basta.

M. Is. Se trata... de amor, ¿no es esto?

Conde (Sorprendido.) Es posible.

M. Is. ¿Ve usted como lo he acertado? ¿De una declaración?

Conde Quizá.

M. Is. (Graciosamente.) ¡Uy, qué mal día, pero qué mal día es hoy para declaraciones de amor!

Conde Usted tiene la culpa de que no haya escogido otro. Usted y Uceda. Usted que parece que evita el quedarse a solas conmigo, y Uceda, que si nos quedamos... por casualidad, viene a interrumpir.

M. Is. No le ha ocurrido a usted nunca al ver a una parejita, que no vive feliz, preguntarse .. ¡señor, por qué se habrán casado! Pues precisamente porque él se declaró en momento poco oportuno y salió mal.

Conde ¿De modo que usted cree que este no es momento oportuno? ¿De modo que se niega usted a escucharme?

M. Is. (Evadiendo con coquetería.) No, ni mucho menos. Digo tan solo, que... para una declaración de amor no es este momento oportuno.

Conde (Amoscado.) María Isabel, se está usted burlando de mí.

M. Is. Líbreme Dios, Conde. Le considero un excelente amigo..

Conde No basta.

M. Is. ¡Qué exigente! Fácil nos es a las mujeres oir una declaración por larga que sea. Con

responder al final: «sí», «no», o «lo pensaré», nos basta. Ya ve usted que cuesta poco. El «no» lo tenemos siempre a flor de labio, en cambio el «sí» está hondo, muy hondo...

Conde ¡Qué admirable mujer sería usted si tomase las cosas en serio!

M. Is. ¡Ya ve usted, y hay quién dice que este es mi mayor encanto! Una cosa tomé en serio y me salió mal.

Conde Probablemente una declaración de amor.

M. Is. Sí; la de mi marido.

Conde ¡Las cosas del amor son muy serias!

M. Is. No lo crea usted, la seriedad en el amor, empieza... después del matrimonio. (Viendo a Andrés en la terraza.) Ya tenemos aquí a Andrés. Vamos a dejar nuestra charla. ¿Se ha enojado usted conmigo?

Conde Con una mujer hermosa no hay manera de enojarse.

ESCENA VI

DICHOS y ANDRÉS

And. (Entrando.) Perdone usted, María Isabel, pero como no bajaba usted...

M. Is. Me he entretenido hablando... ¿de política, verdad?

Conde Sí, tratábamos de la elección de Luciano.

M. Is. Exactamente.

And. Mi tío y Jorge le aguardan a usted para el tresillo.

Marq.a Voy ahora mismo a reunirme con ellos. (Hace una inclinación de cabeza y vase por la terraza.)

ESCENA VII

MARÍA ISABEL y ANDRÉS

And. Perdone usted que haya venido a interrumpir esa charla... política. Dijo usted que quería hablarme.

M. Is. (Riendo.) Sí, sí, pero... por Dios, no ponga usted esa cara, que me asusta.

And. (Mudando de expresión.) Mi carácter es algo serio.

M. Is. Excesivamente. Cuando hable usted a sus soldados, póngales el ceño adusto, pero a mí que me encanta la alegría y no suelo estar triste, no me ponga usted mala cara.

And. (Sonriendo.) ¡Qué no haría yo por complacerla!

M. Is. Muchísimas gracias. Quería hacerle a usted una pregunta.

And. Diga usted.

M. Is. ¿Desde cuándo usted y yo no somos amigos?

And. ¿Que no somos amigos?

M. Is. Sí, sí, ¿desde cuándo? No se haga usted de nuevas. ¿Por qué desde hace unos días evita usted mi presencia?

And. ¿Que yo evito?... Se equivoca usted.

M. Is. Me sorprende su actitud, a menos que existan motivos que ignoro ..

And. Le juro a usted que no los tengo.

M. Is. Tanto mejor, pero no me chocaría, que mi vida fué de lucha, y es fácil que tenga enemigos. Empecé de soltera luchando por casarme; de casada, luché por encontrar la felicidad y hallé... lo contrario; he despreciado a infinidad de pretendientes, mis enemigos después, y ahora, lucho también con mi familia, que quiere imponerme una boda que resueltamente no acepto.

And. ¿De modo que no la acepta usted?

M. Is. Oh, en absoluto. Y usted lo sabe, no disimule usted.

And. Queda otro pretendiente.

M. Is. ¿Uceda? (Andrés asiente) Uceda es un antiguo adorador, que está ya convencido de que no voy a casarme con él. Es una persona correctísima, muy agradable en sociedad, pero no es jóven, y lleva una vida... demasiado libre.

And. Pero quiere casarse con usted. Y dice que se casará.

M. Is. Hace falta que yo lo consienta.

And. Naturalmente.

M. Is. Y a todo esto no me ha dicho usted por qué me huye.

And. Si no la huyo a usted, María Isabel, todo lo

contrario. Quisiera verla a usted constantemente, menos rodeada de adoradores, que ha de escuchar mejor que a mí, porque valen más que yo.

M. Is. Una apreciación gratuita de usted.

And. Temo que mi presencia la incomode, que mis palabras...

M. Is. Jamás he demostrado tal cosa

And. Eso no, al contrario, ha estado usted deferente conmigo, excesivamente amable... más de lo que merezco.

M. Is. Pues no me explico... La primera vez que estuvo usted aquí este verano, éramos buenosa migos.

And. Y continuamos siéndolo, digo, por mi parte.

M. Is. Y puede usted afirmar que por la mía. Pero... ahora noto en usted algo... algo raro. En su modo de ser, en su modo de hablar hay cierto misterio... ¿A qué obedece ese cambio?

And. Si no hay tal cambio.

M. Is. Vamos, se ha empeñado usted en negarlo. ¿Por qué no lo dice usted francamente?

And. (Que no sabe qué decir.) Porque...

M. Is. Sí, sí, ¿por qué?

And. Porque no puedo ser su amigo, franco, leal y desinteresado.

M. Is. ¿Que usted no puede?... Por favor, Andrés, basta de misterios, hable usted.

And. Pues bien, sí, basta de misterios. Si la huyo, como usted dice, si no soy el que fuí, es... porque la amo a usted y prometí callarlo. Usted me fuerza a romper mi silencio y lo declaro, la amo a usted, pero como no quise hacer traición a esa seriedad que usted me reconoce, no quise tampoco lanzarme a una aventura que me podía costar el ridículo. Usted ha exigido que rompiera mi silencio y ya tiene usted descubierto el misterio, María Isabel.

M. Is. ¿Y si le dijera a usted ahora, que el misterio no existía, que cuanto acaba usted de decir lo sospechaba y que sólo quería oirlo de sus labios?

And. Pues lo ha conseguido usted.

M. Is. No me suponga usted incapaz de adivinar

que su actitud de ahora no corresponde a la de antes.

And. Es que... dudaba de su amor... y temía la respuesta. (Se oye hablar fuera.)

M. Is. Oigo a mamá y a mi hermana.

And. ¡Qué inoportunidad!

M. Is. Otro ratito hablaremos.

And. Entretanto medite usted lo que ha de responder. (Saluda y vase por la derecha. Una pausa. Entran por el foro la Marquesa y Marta. María Isabel se dirige a la izquierda.)

ESCENA VIII

MARÍA ISABEL, la MARQUESA y MARTA

Marq.ª ¿A dónde vas?

M. Is. A dejar estas flores...

Marq.ª Un momento. Quiero que hablemos... El Conde acaba de decirme...

M. Is. ¡Ah, vamos, ya te ha contado que me he burlado de él. .

Marq.ª Exactamente. Que eso lo hiciera una muchacha de dieciocho años no me sorprendería, ¡a esa edad quién se preocupa de su porvenir! pero... una viuda, con sus veintiocho cumplidos es absurdo, absurdo Tu actitud para con ese caballero no ha podido ser menos correcta.

M. Is. Imposible me parece que haya ido a contarte esas... tonterías.

Marq.ª Tu hermana estaba presente y ha reprobado como yo tu conducta.

M. Is. ¡Milagro fuera lo contrario!

Marta No sé por qué lo dices.

M. Is. Porque me sobra motivo.

Marq.ª ¡María Isabel!

M. Is. Deploro que el Conde haya tomado en serio su papel, pero le queda un recurso.

Marq.ª No le queda otro que resignarse.

M. Is. Y marcharse. Sí, sí, no me reprendas, mamá, que sé muy bien lo que vas a decirme, que soy insoportable, ridícula, que es una de las primeras fortunas de España, que mi dote la emplee en satisfacer deudas de mi

marido, que los años van pasando... Nada de esto puedo negarlo, pero... la verdad, entre mi futuro porvenir con ese señor, y mi presente, desdichadísimo, no me atrevo a escoger y me quedo con lo que tengo. ¡Paciencia, y para qué precipitarme!

Marta El Conde no es despreciable.

M. Is. ¡Qué lástima que tú no puedas casarte con él!

Marta Uceda vale menos que el Conde.

M. Is. Tampoco le admito para marido.

Marq.ª Es un hombre nocivo y peligroso.

M. Is. Correcto siempre.

Marta Estoy de acuerdo con mamá

M. Is. Claro, siempre estais de acuerdo para casarme con ese... vejestorio, pero es inútil, aunque pierda Luciano las elecciones.

Marq.ª (Con energía.) Basta, no quiero que sigas hablando en ese tono.

M. Is. Me reprendes sin razón.

Marq.ª Tu comportamiento me desagrada. Espero que seguirás los consejos de tu madre, que tiene bastante más experiencia que tú. (Se dispone a salir en el instante en que Uceda entra por la derecha.)

ESCENA IX

DICHAS y UCEDA

Uceda Buenas tardes. Ya me tienen ustedes de vuelta. Parece que hace menos calor. Lástima que mi presencia en esta casa, donde tan amablemente se me ha recibido, se ha hecho demasiado larga, y muy a pesar mío, tendré que dejar mañana tan deliciosa compañía

Marq.ª (Sin saber qué decir.) Ya sabe usted que se le ha recibido... como usted se merece.

Uceda Agradecidísimo, Marquesa. ¿Y qué proyectos tienen ustedes para esta noche?

Marta El Conde nos leerá un extracto de la Conferencia que piensa dar el próximo mes en el Ateneo de Madrid, sobre la educación de la mujer. Será interesantísimo.

Uceda Probablemente.

Marta Es decir, para usted quizá no, porque usted prefiere otras cosas, baile, música... En la vida debe haber algo serio.

Uceda Se equivoca usted si cree que no me gustan las cosas serias, en particular cuanto se relaciona con la mujer, obra perfecta de la Creación. ¡Para mí, nada hay en el mundo como la mujer!

Marta (Con fingida sonrisa.) Ya sabemos que las admira usted mucho.

Marq.ª Mucho es poco decir: muchísimo. Y a no pocas. Hasta ahora, Uceda. ¿Vamos, Marta?

(Saludan y vanse al interior. Uceda queda sorprendido ante la actitud de la Marquesa y de Marta y mira a María Isabel que se ríe.)

ESCENA X

MARÍA ISABEL y UCEDA, al final ANDRÉS

M. Is. ¿Le ha sorprendido a usted su actitud? Perdónelas usted, pero... en hablando de mujeres...

Uceda ¡Cuando digo que no pueden verme en esta casa?

M. Is. ¡No tanto, no tanto!

Uceda En fin, ya casi podemos despedirnos, porque mañana...

M. Is ¿De verdad se va usted mañana?

Uceda Yo creí que iba usted a alegrarse también.

M. Is. No hay motivo.

Uceda Cuando su hermano de usted me invitó tuve una alegría inmensa, y hoy... casi me alegra dejar esta casa, porque quizá mi presencia estorba proyectos...

M. Is. ¿A qué se refiere usted?

Uceda Al Conde, que es el candidato oficial a su mano.

M. Is. ¿Quién se lo ha dicho?

Uceda Siente por usted vivísima simpatía.

M. Is. Es de agradecer.

Uceda Quizá amor.

M. Is. Pierde el tiempo.

Uceda Le aseguro a usted que no lo cree él así.

M. Is. Puede ser que en estos momentos esté convencido.

Uceda ¿Le ha desbancado Andrés?

M. Is. Hombre... es usted muy curioso.

Uceda Cuanto a usted se refiere me interesa siempre. Ya sé que a usted no le ocurre otro tanto. Nada mío le interesa a usted.

M. Is. Le oigo siempre con gusto, pero... hoy ha sido día de emociones.

Uceda También lo ha sido para mí.

M. Is. ¡Ah!...

Uceda La noche pasada tuve un sueño que me ha entristecido.

M. Is. ¿A usted que no está triste nunca, que toma la vida con tanta filosofía?

Uceda Ya ve usted. He soñado que de repente me he vuelto viejo

M. Is. (Con cierta burla.) No es usted un niño.

Uceda Cuidado, no me eche usted la cuenta, que no podría ser padre de usted.

M. Is. Siga, siga con el sueño.

Uceda Pues he soñado que tenía setenta años.

M. Is. ¡Jesús, y qué cambiado estaría usted!

Uceda Me ne visto en un sillón, con la manta sobre las rodillas, enfermo, solo y aburridísimo, llamando a la criada a voz en cuello, sin que me respondiera. ¿Dónde dirá usted que estaba la maldita?

M. Is. ¡Qué sé yo! Donde la hubieran llevado sus sueños

Uceda En la cocina con el novio, oyéndome y sin hacer caso, besándose y arrullándose y yo, rabiando. He comprendido entonces que debía casarme, pero era tarde, y como al despertar me he encontrado con que solo tenía cuarenta y cinco años, no he perdido la esperanza.

M. Is. ¡Cuántas mujeres encontrará que le querrán!

Uceda Con que me quiera una me basta.

M. Is. (Evadiendo.) ¿Y no ha soñado usted más?

Uceda ¿Le parece a usted poco si tomo esa resolución?

M. Is. Muy poco Debe usted aguardar otro sueño, para averiguar si tiene usted verdadera vocación de casado.

Uceda ¿Se necesitan... estudios especiales?

M. Is. (Con intención.) Creo que basta con un ligero repaso a conciencia, de los muchos que tiene usted hechos. ¿No está usted bien así?

Uceda Mientras vivo en esta casa en tan excelente compañía, vamos, viéndola a usted a todas horas, sí, y quisiera caer enfermo...

M. Is. ¡Jesús, qué tonterías dice usted!

Uceda Sí; para que me cuidara usted.

M. Is. ¡Qué ilusiones! Hemos quedado en que nadie le quiere.

Uceda Claro, por la diferencia de caracteres. Su familia está montada admirablemente, pero... a la antigua, y yo... con moldes nuevos.

M. Is. Ultra.

Uceda Bien, ultra nuevos. En la vida como en la mesa debe haber de todo. Ellos son la comida y yo... el condimento.

M. Is. Vamos, la salsa.

Uceda Quizá... la mostaza

M. Is. No lo he dicho... porque suele quedar en el borde del plato.

Uceda ¡Qué mala es usted!

M. Is. ¿Decididamente, se marcha usted mañana?

Uceda Sí...

M. Is. ¡Pronto vamos a quedar en familia!

Uceda ¡Quién la tuviera!

M Is. ¿No tiene usted parientes?

Uceda Sí, pero exceptuando los padres, es raro encontrar personas agradecidas. Una vez salvé a un hombre que se ahogaba.

M. Is. ¿Y no le ha quedado a usted eternamente agradecido?

Uceda Eso fuera lo lógico, pero se puso furioso conmigo, me insultó, me amenazó... y al día siguiente volvió a echarse al agua. Padecía una enfermedad incurable y sufría mucho. Si ahora viese a alguien que se ahogaba, me quedaría tan fresco.

M. Is. Y además evitaría usted el remojón. (Suena dentro la bocina de un auto.) ¿Qué es eso?

Uceda Mi nuevo auto. El que dije a usted que había comprado en París hace un par de meses. Lo he mandado traer para marcharme en él mañana: no lo he estrenado todavía. Es un 40 magnífico, muy a propósito para excursiones. Mírele usted allí.

M. Is. (Acercándose al foro.) ¡Precioso!

Uceda ¿Quiere usted que le ensayemos?

M. Is. Cuando usted vuelva vamos a hacer una excursión.

Uceda ¿Y si no vuelvo?

M. Is. Lo sentiré mucho.

Uceda Decídase y lo estrenamos. Podemos dar una vueltecita. Dentro de diez minutos estamos aquí.

M. Is. Ya sabe usted que el automóvil es una de mis grandes pasiones. No me tiente usted. ¿Qué dirían mamá, mi hermana... y el invitado, nuestro buen Conde?

Uceda Si casi no van a tener tiempo de enterarse. ¿No le digo a usted que dentro de diez minutos, un cuarto de hora a lo sumo, estamos aquí?

M. Is. Lo siento, pero... imposible, no puedo acompañarle.

Uceda ¡Qué lástima! En el campo todo está bien visto.

M. Is. Ya le he dicho a usted que lo siento, pero... ¡Precisamente a mí me gusta correr, correr mucho!

Uceda ¿No teme usted el peligro?

M. Is. ¡Nunca!

Uceda Vamos, ¿no se decide usted?

M. Is. ¿Me promete usted que volveremos en seguida?

Uceda En seguida. Llegamos hasta el pueblo inmediato y volvemos.

M. Is. No, no, demasiado lejos.

Uceda Para un 40 no hay distancias.

M. Is. ¿Qué hora es?

Uceda (Consultando el reloj.) Las cinco y media.

M. Is. Antes de las seis de regreso.

Uceda ¡Ya lo creo!

M. Is. Voy a ponerme el velo y el guardapolvo.

Uceda Sí, sí, vaya usted pronto, no venga alguien a estorbarlo y no podamos salir.

(María Isabel se dirige al interior en el instante en que entra Andrés, con el sombrero puesto.)

And. ¿Adónde va usted tan deprisa?

M. Is. Uceda me ha invitado a probar su auto. El le explicará... (Vase corriendo al interior.)

ESCENA XI

ANDRÉS y UCEDA

And. ¿De modo que salen ustedes en su nuevo auto?

Uceda En cuanto María Isabel esté dispuesta. Perdóneme un momento, voy a avisar a mi chauffer. (Desde el foro.) ¡Ramón!

Voz (Fuera.) ¡Señorito!

Uceda Dale vuelta al coche, que vamos a salir.

Voz (Fuera.) Bien, señorito.

(Uceda vuelve al proscenio)

And. (Afectuoso.) ¿Supongo que no tendrá usted inconveniente en que les acompañe?

Uceda ¿Usted?... Encantado... en cualquier otra ocasión, pero...

And. ¿Por qué no en esta?

Uceda Porque... porque es imposible. Otro rato lo sabrá usted, quizá... quiza mañana. (Una pausa. Se contemplan.)

And. ¿Quizá... mañana? Después de estas palabras... algo misteriosas, casi me creo con derecho a pedir una explicación más concreta.

Uceda ¿A título de qué? María Isabel es libre de hacer cuanto se le antoje y yo también, pero... creo que no vale la pena de tomar en serio esta tontería.

And. Es que no es una tontería. Usted debe reconocer que María Isabel obra con suma ligereza, probablemente sin meditar las consecuencias...

Uceda ¿Supongo que no pretende usted oponerse a un capricho?

And. Pues sí, me opongo, y con algún derecho quizá.

Uceda Es posible que crea usted tenerlo y se equivoque usted. Pero no discutamos. Voy a confiarle un secreto que hasta ahora lo era entre los dos. ¿Me lo permite usted?

And. Se lo ruego.

Uceda En la absoluta confianza de que lo guarda

rá hasta mañana. Ya ve usted que es corto el plazo.

And. Diga usted.

Uceda María Isabel y yo nos amamos.

And. (Con ironía.) Que usted la ama, no lo dudo; que ella le corresponde... lo niego. Hace media hora que me ha dicho lo contrario.

Uceda Permítame usted que lo dude.

And. (Serio.) Yo no miento, y no me obligue usted a decir más.

Uceda Pues bien, sepa usted que acabo de declararme y que acepta mi mano. Mañana se hará pública la nueva, y entretant...

And. Eso fuera una burla... y no la considero capaz...

Uceda ¡Qué poco conoce usted su carácter! ¿Comprende usted ahora por qué no se opone a salir conmigo y por qué no acepto la compañía de usted, gratísima en cualquiera otra ocasión?

And. No debo dudar de su palabra; de todos modos quiero que su madre conozca el paso que va a dar. (Andres, sin decir palabra, vase de nuevo por donde entró Toda la escena ha sido muy correcta dentro de la violencia Una pausa. Uceda sonríe. Entra María Isabel con velo y guardapolvo.)

ESCENA ULTIMA

MARÍA ISABEL y UCEDA

M. Is. ¡Qué suerte, nadie me ha visto! ¿Dónde está Andrés?

Uceda Acaba de marcharse.

M. Is. ¡Qué lástima, y yo que quería que hubiese ido con nosotros!

Uceda No quiso esperar...

M. Is. Me marcho convencida de que voy a tener sermón para ocho días.

Uceda ¡No se apure usted que yo la defenderé! ¿Vamos?

M. Is. ¿Convenido en que volvemos en seguida?

Uceda Sí, sí, en seguida; pero, por Dios, no se entretenga usted, porque...

Marq.ª (Dentro) ¡María Isabel!

M. Is. ¡Uy, mamá!

Uceda ¡Vamos, vamos! (Vanse los dos por el foro precipitadamente.)

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación que sirve de comedor, en una modesta posada de Peñalar. En el foro, una ventana y una puerta con vistas al campo. Otra puerta a la derecha que conduce al interior. Un mostrador con botellas, copas, etc. Un armario con vajilla. Una mesa en el centro y varias sillas. En un rincón, media docena de sacos de trigo y un pellejo de vino.

Son las seis y media de la tarde.

ESCENA PRIMERA

BERNARDO, CALIXTA y a poco HILARÍN

Bernardo detrás del mostrador llenando unas botellas. Calixta limpiando los cristales de la ventana.

Cal. ¿Qué mezclas estás haciendo con el vino?

Ber. No es vino, mujer, que son licores. Le añado alcohol a éste porque me se acaba, y tú sabes que el tío Rufino no quié otra cosa, y como hasta el domingo no traerán la botella...

Cal. ¿Y lo haces a la vista de tóo el mundo? ¡Ya es frescura!

Ber. Tiés razón, como esto está tan concurrío... El negocio no da pa más y hace falta discurrir... y mezclar.

(Entra por el foro echando los bofes, Hilarín, muchacho de unos quince años.)

Hil. ¡Padre! ¡Padre!

Ber. ¿Qué ocurre?

Cal. ¿Pa qué te vienes tan sofocao?

Hil. ¡Es que ya llegan!

Ber. ¿Quiénes?

Hil. ¡Los señorones, los del artomóvil!

Ber. ¿Qué dices?

Cal. Pero.. ¿qué artomóvil?

Hil. ¡Pues están enteraos! Unos señores mucho ricos y elegantes, que iban en su artomóvil, y se ha parao junto al molino y no han podido seguir.

Ber. ¿Y dices que llegan?... ¿Ande llegan?

Hil. Vienen a casa hasta que se arregle.

Ber. ¿Y dónde ha quedao el artomóvil?

Hil. El Peluchas lo trae arrastra con su caballería.

Cal. ¿Y dices que ya vienen?

Hil. Ya están veniendo, madre.

Ber. (A Calixta.) Déjate de limpiar crístales, mujer.

Hil. ¡Pues no se ha reunío allí poca gente!

Cal. ¿Y son unos señores?

Hil. Un señorón mucho elegante y una señora... guapisma. Nenguna he visto tan maja ni tan elegante. Se ríe con una gracia.. y tié unos dientes tan blancos...

Ber. ¿Y dónde dejarán el artomóvil?

Cal. Salte tú a recebirles y que lo metan en el corralón de la esquina

Ber. Habrá que buscar un sitio cerrao.

Hil. (Desde el foro.) ¡Míreles usted, padre, ya vienen! Al Peluchas le han dao una de esas moneas grandes de plata.

Cal. ¡Serán gente principal! ¡Es mucha suerte que esos aparatos se estropeen con tanta facilidad! ¡Es el segundo percance de este año!

Ber. ¡Flojo beneficio que nos dejó el otro!

Cal. Anda, salte a recibirles.

Ber. Y tú vete pensando lo que vas a darles pa cenar si no se arregla lo del artomóvil.

Cal. ¡Vaya un lance! ¿Quién lo va a arreglar? (Vase Bernardo seguido de Hilarín.) ¡La gaita va a ser pa la cena! ¡Cualquiera encuentra algo a estas horas! Jamón, morcilla, huevos..lo que haiga, y vino del que suele llevar el señor Cura pa los convidaos. (Hablan fuera. Calixta va al foro.) ¡Ya están aquí!

ESCENA II

CALIXTA, BERNARDO, UCEDA y MARÍA ISABEL

María Isabel viene muy fatigada y se sienta junto a la mesa

Uceda Buenas tardes.

Ber. Pasen, pasen.

Cal. Buenas tardes tengan ustedes.

M. Is. ¡Gracias a Dios que puedo sentarme! Hay un buen trecho desde la carretera real.

Ber. ¡Sí es un paso! Total, media legua que se anda en seguida.

Uceda Media legua cuesta arriba.

M. Is. Para ustedes que están acostumbrados no es nada

Cal. (Reparando en el calzado.) Es que la señorita lleva un calzao tan fino.. Está usted muy fatigada. ¿Quiére usted tomar algo o beber alguna cosa?

M. Is. Beber, sí, tengo una sed...

Ber. Tráete un vaso de vino del bueno.

M. Is. No, no, agua solamente.

Ber. Es mejor vino.

Cal. Como quiera la señorita.

M. Is. Tráigame agua fresca.

(Vase Calixta al interior.)

Ber. El señor beberá un vaso de vino, ¿verdad?

Uceda Cerveza si la hay.

Ber. ¡Ya lo creo, riquísima! (Va al mostrador. Vierte una botella de cerveza en un vaso y lo sirve.)

Uceda ¡Cómo se siente el calor después de un viajecito en auto! ¡Y con la angustia del contratiempo!...

(Calixta entra con un vaso de agua.)

Ber. (Bajo a Calixta.) Mujer, échale unas gotas de aguardiente, ¿no ves lo cansada que está?

(Calixta lo hace. María Isabel se da aire con el pañuelo Uceda bebe.)

Cal. Aquí está el agua, señora, y pa que no la haga daño, le he echao unas gotas de aguardiente.

M. Is. (Sonriendo.) Gracias, buena mujer. (De un sorbo apura el vaso.) ¡Qué fresca y qué rica está! Ya

me siento mejor. Pero, Uceda, usted nada pregunta y creo que vale la pena de enterarnos en dónde estamos y de lo que podemos hacer.

Uceda Ya lo creo. El muchacho ese que nos ha indicado la posada me lo ha dicho, pero no lo recuerdo.

Ber. Este pueblo es Peñalar. Un pueblecillo muy chico y que tié poco que ver.

Cal. Mañana, si es caso, podrán visitar la iglesia que es muy antigua y es lo mejorcito del pueblo.

Uceda No hemos venido a eso.

M. Is. Pensamos salir de aquí muy pronto. En cuanto se arregle el coche...

Ber. A unos señores ingenieros les ocurrió lo propio hará seis o siete meses, y tuvieron que pernoctar. Visitaron la iglesia y digeron que es cosa de mucha valor.

M. Is. ¿Dónde está?

Cal. Ahí mismo, muy cerca de aquí.

M. Is. Lo interesante para nosotros es saber si estamos muy lejos de Valdemoral.

Ber. (Sorprendido.) ¿Valdemoral?

Cal. (Idem.) ¿Valdemoral?

Uceda Sí, Valdemoral; ese pueblo que está cerca de Logroño.

Ber. ¡Ah, sí, Valdemoral! Recuerdo que allí estuve hace años. Pero eso está lejos.

M. Is. ¿Dice usted que está lejos? ¿Qué distancia habrá?

Ber. Pues... como unas nueve horas de carretera.

M. Is. (Estupefacta.) ¡No es posible!

Uceda Se equivoca usted.

Cal. De aquí a Logroño lo menos doce.

Ber. No le andará muy lejos.

M. Is. (Con verdadero asombro.) ¿Qué dice usted?

Uceda (Con fingido asombro.) ¡Esto no puede ser! Estarán ustedes confundidos...

(Calixta y Bernardo se ríen.)

Ber. ¡Quiá, no señor!

M. Is. ¿Pero oye usted eso, Uceda?

Uceda Lo oigo con verdadero asombro, señora, y voy sospechando, que al dividirse la carretera, en lugar de tomar el camino de regreso hemos seguido adelante.

M. Is. (Con estupor.) ¡Fuera horrible! Ya le he dicho a usted que ibamos muy lejos, y usted sin hacer caso.

Uceda Es que yo estaba convencidísimo de que regresábamos a Valdemoral.

M. Is. ¿Pero... no lleva usted carta?

Uceda No. ¡Cómo iba a sospechar!...

M. Is. ¡Dios mío, Dios mío, qué contrariedad!

Uceda Como ese maldito coche vuela...

M. Is. La verdad es que ni se da uno cuenta de las distancias. (Sin salir de su asombro.) ¡Ocho o nueve horas! ¿Pero aquí habrá estacion del ferrocarril? (Calixta y Bernardo se ríen.) ¿Por qué se ríen ustedes? ¿No hay ferrocarril?

Ber. No, señora; aquí no hay eso. Carretera bastante regular hasta muy cerca, y el camino por donde han venido ustedes.

M. Is. ¿Pero habrá una estación a corta distancia?

Ber. De aquí a la estación más de dos horas a pie.

Uceda Entonces menos mal, en un buen carruaje...

M. Is. ¿Pero de qué se ríen ustedes?

Cal. Es que aquí no hay nada de eso.

Ber. Carros sí que los hay, pero carruajes...

Uceda Entonces un par de buenas caballerías.

Ber. Pa el trabajo del campo las hay, sí, señor; pero pa montar los señores... Si es caso se buscarán.

M. Is. Yo no monto un caballo cualquiera.

Ber. Y pa cuando lleguen ustedes, el último tren habrá salío y el mixto pasa a la media noche.

M. Is. ¡Dios mío, qué complicación! ¿Ustedes no tienen un carruaje para conducir viajeros?

Ber. (Sonriendo.) ¡Qué vamos a tener, señora! ¿Qué falta nos haría?

Cal. Aquí no hay otro carruaje que el del correo, pero a estas horas ha salío ya.

Ber. ¡Si está pa golver!

Uceda ¡Es inverosímil!

M. Is. ¡Nos hemos divertido! ¡Adónde hemos venido a parar!

Uceda Es desesperante, pero no veo otra solución que quedarnos.

M. Is. ¿Cómo? ¿Pasar aquí la noche? ¡Vamos, está usted loco!

Uceda ¡A ver!...

M. Is. ¡Ah, no, eso si que no! Mi familia a estas horas estará con una angustia...

Uceda ¿Pero cómo vamos a volver?

M. Is. Como sea; no lo sé, pero es preciso volver a Valdemoral.

Uceda No se apure usted; en último caso en ese mixto de la noche...

M. Is. Llegaríamos a la madrugada y eso no puede ser. Por favor, invente usted algo, Uceda, invente usted, que yo no quiero pasar aquí la noche.

Cal. Pues es lástima, porque estaría usted mucho bien. La casa no tié gran vista, pero está tóo mu limpio y las habitaciones como una taza de plata.

M. Is. Si, sí, me lo figuro. ¿Y no hay modo de reparar el automóvil? A ver, Uceda, busque usted quien...

Uceda Es que temo que no entendiendo su mecanismo, van a estropearlo más.

Ber. Aquí nadie entiende eso. Pocas veces que se lo habré dicho al herrero, pero él dice que pa una vez al año que ocurren estas cosas..

M. Is. ¡Maldita ocurrencia tuvo usted de salir sin chauffer!

Uceda Y no sabe usted lo que me he arrepentido, porque... ¿cómo saco yo el coche de aquí? Pero se encontraba tan mal el chico... que me dió pena. Además, ¿quién podía imaginarse que iríamos a parar tan lejos?

M. Is. ¿Y es mucho lo que tiene el auto?

Uceda Uno de los pistones no funciona. Si alguien supiera repararlo... pero, claro, es inútil.

Ber. Imposible.

M. Is. ¡Ay, eso es espantonso, espantoso! ¡Qué dirá mamá, qué dirán mis hermanos, que dirán todos! ¡Por Dios, Uceda, invente usted algo!

Uceda Crea usted que si yo supiera repararlo...

Cal. (Bajo a Bernardo.) ¿Te has fijao en que no están casaos.

Ber. (Bajo a Calixta.) No hagas caso, mujer, que esos marqueses no son gente como nosotros.

M. Is. (Repentinamente.) ¿Hay telégrafo?

Uceda (Sonriendo.) ¿Cómo va a haber telégrafo si no hay ferrocarril?

M. Is. Pero lo habrá en la estacion vecina.

Ber. Puede que lo haiga.

M. Is. ¿No lo sabe usted?

Ber. No, señora.

M. Is. ¿Puede ir alguien?

Ber. ¡Ya lo creo!

M. Is. Pues a ver, traiga usted recado de escribir.

Ber. Tráete papel.

Cal. ¿Papel pa escribir?

Ber. Sí, del blanco de envolver.

(Uceda saca una hoja de su cartera.)

Uceda Aquí está.

(Calixta trae tintero y pluma.)

M. Is. Gracias. ¿Qué voy a poner? (A Uceda.) Dicte usted.

Uceda Con mucho gusto. «Salido auto Uceda pequeña excursión. Ocurrido pana cerca Peñalar; regresaremos tarde.»

M. Is. ¿Tarde? ¡Ya lo creo! ¡Qué mal rato estarán pasando!

Uceda (Por el telegrama,) ¿Quién va a llevarlo?

Cal. (A Bernardo.) ¿Dónde está el chico?

Ber. Démelo usted, que yo me encargo de que se lleve.

Uceda Tome usted dinero. (Le da un duro.) La vuelta para el propio.

(Váse Bernardo por el foro.)

ESCENA III

DICHOS, menos BERNARDO

M. Is. ¿Sabe usted que la aventura va resultando divertida?

Cal. ¿Mandan algo más los señores?

M. Is. Nada, muchas gracias.

Cal. Pues con el permiso voy a dlsponer algo de cena.

M. Is. Prepare usted lo que pueda.

(Vase Calixta por la derecha.)

ESCENA IV

MARÍA ISABEL y UCEDA

María Isabel observa a Uceda que está encendiendo un cigarrillo. Pausa. Se echan a reir.

Uceda ¿De qué se ríe usted?

M. Is. ¡Tiene cierta gracia ir a dar con un pueblecillo donde no hay ferrocarril, ni telégrafo, ni carruajes, ni quien sepa reparar un automóvil!

Uceda Convengamos en que en efecto, es mucha casualidad.

M. Is. Por lo menos debemos felicitarnos de haber encontrado una posada. ¡Y pensar que usted, solo usted, es el culpable!

Uceda ¿Yo, señora?

M. Is. Naturalmente. ¿A quién se le ha ocurrido hacer esta salida tan inoportuna? Por no seguir los impulsos de mi corazón encuentro el castigo. De todos modos, aunque sienta resignación... cristiana, estoy por decir que le odio.

Uceda ¡María Isabel!

M. Is. ¡La verdad es que me ha divertido usted, Uceda!

Uceda Lo deploro con toda mi alma

M. Is. (Tras breve pausa.) Y meditando sobre lo ocurrido, no es posible reunir mayor número de casualidades. Fíjese bien. Primero, el chauffer con aquel dolor agudísimo que en mal hora movió usted a compasión; luego el tomar un camino por otro, después la pana inoportuna a tan gran distancia de mi casa, y como si todo esto no fuera suficiente, venimos a dar con este pueblo donde no se encuentra nada, absolutamente nada de lo que nos hace falta.

Uceda Deploro con toda mi alma haber sido causa...

M. Is. Realmente no debo culpar a usted: a la casualidad.

Uceda ¿No cree usted que pueda ser... la Providencia?

M. Is. Mal se ha portado con nosotros, por lo menos conmigo, porque usted se quedará tan fresco.

Uceda ¿Qué opinión tiene usted de la Providencia?

M. Is. Uceda, por Dios, que no es este momento oportuno para enfrascarnos en filosofías.

Uceda Es una sencilla pregunta.

M. Is. No tengo opinión sobre el particular.

Uceda Pues si usted me lo permite voy a darla la mía. Yo comparo la Providencia a un árbol de rico y sazonado fruto, que a veces cae en manos de un afortunado mortal que acierta a cruzar por debajo... y se lo come. Pero los muchachos, y aun los hombres, suelen ser listos y no aguardan a que caiga el fruto por temor a que otro se lo lleve. En cuanto lo ven maduro, sacuden el árbol... y cae.

M. Is. ¿Y dónde ha leído usted todo eso?

Uceda Es del libro de la experiencia.

M. Is. Pues parece de un tratado de Agricultura. Pero no comprendo a qué viene ahora...

Uceda ¿No adivina usted?

M. Is. (Escudriñando.) No adivino.

Uceda (Con sonrisa maliciosa.) Pues... que en la aventura actual... he sacudido el árbol.

M. Is. ¿Qué dice usted? (Uceda ríe.) ¡Ah! ¿De modo que usted?... ¡Ay, por favor, explíquese usted! (Uceda continúa riendo.) Esa sonrisa quiere decir que todo ese cúmulo de casualidades... ¡Uceda!... ¡Uceda! Si eso fuera verdad, el calificativo que merecería usted...

Uceda No pronuncie la palabra, se lo suplico.

M. Is. ¡Todo ha sido un complot preparado de antemano!

Uceda (Impávido.) Exacto.

M. Is. ¿Y tiene usted el cinismo de confesarlo?

Uceda Usted lo dijo antes, es una aventura... original.

(María Isabel le mira furiosa, sin saber qué actitud tomar; él sonríe. Ella, comprendiendo lo absurdo de la confesión y considerándolo una broma, se echa a reir a carcajadas.)

M. Is. ¡Tiene gracia! ¡Tiene mucha gracia!

Uceda ¿Verdad que la tiene?

M. Is. Mucha.

Uceda (Creyendo que ella lo toma bien.) ¡Lo que me ha costado encontrar un pueblecillo como éste, sin ferrocarril, sin telégrafo, sin fonda, sin carruajes!... Ya ve usted, ha sido preciso estudiar bien el mapa y la guía de ferrocarriles.

M. Is. (Riendo.) Y expuesto a que ocurriera la pana a veinte kilómetros del pueblo tan cuidadosamente elegido.

Uceda No, eso ha sido sencillísimo.

M. Is. (Curiosa.) Ah, ¿sí? A ver, explíquese usted.

Uceda Sencillísimo, porque... porque en realidad no ha habido tal pana.

M. Is. No comprendo...

Uceda Va usted a comprenderme, pero no se incomode usted.

M. Is. No, si no me incomodo.

Uceda ¿Palabra?

M. Is. Palabra.

Uceda Es un secreto que debe quedar entre los dos. Sin que usted lo advirtiera, he quitado la llave del contacto, y es claro, ha parado el coche instantáneamente. (Muestra la llave que guarda en el bolsillo del guardapolvo.)

M. Is. (Dominándose.) ¡Ah! ¿De modo que todo esto entraba en su plan? ¿De modo que?... ¡Oh, ingeniosísimo! (Con ira.) ¡No le consideraba a usted capaz de una broma tan... tan honrada!

Uceda ¡Por favor, María Isabel, que ha prometido usted..., no incomodarse! Ha sido una broma, nada más que una broma.

M. Is. No, si no me incomodo, ¿no lo ve usted? Si casi estoy por decir que me divierte. Si no fuera por mi familia... Yo amo la originalidad, ya lo sabe usted, quizá no hasta tal punto, pero como la cosa no tiene remedio, fuera ridículo incomodarse. ¿Y cómo se le ha ocurrido a usted fingir esa pana tan lejos del pueblo? Hombre, por lo menos debió usted ser amable y haberme traído hasta aquí.

Uceda ¿Quiere usted saber por qué no lo hice?

M. Is. Claro.

Uceda No; mejor es que no lo diga, porque volvería usted a incomodarse...

M. Is. Lo que no haya hecho hasta ahora... Diga usted?

Uceda Veo que es usted una mujer de talento, que sabe darse perfecta cuenta de la realidad. Pues también lo he hecho adrede.

M. Is. ¿Para rendirme antes?

Uceda Y para no llegar... tan pronto.

M. Is. (Irónica.) ¡Admirable, señor de Uceda, admirable! ¡Ingeniosísimo! La broma puede costarme muy cara, y como seguirla una vez explicada, no tendría objeto... honrado, hágame el favor de conducirme a mi casa, devolviéndome a mi familia, que a estas horas andarán azorados buscándome inútilmente. Para broma basta ya.

(Uceda se quita el guardapolvo y lo deja sobre una silla.)

Uceda Señora... usted... usted no habla seriamente. Tiene usted talento de observación sutil, muy sutil, pero debe usted comprender que obedeciéndola, de nada iba a servirme lo hecho.

M. Is. (Con ira.) ¿Y para qué pretende usted que le sirva?

Uceda Para cumplir mi palabra de hacerla mi esposa.

M. Is. ¡Y ha creído usted sin duda que el medio mejor para alcanzar ese fin, era el de comprometerme públicamente, aprovechándose de mi buena fe, escogiendo como marco de tan nobilísimo cuadro, una mísera posada de un modesto pueblecillo! ¡Se lo repito, ingeniosísimo! Afortunadamente mi familia recibirá muy pronto el telegrama... (Uceda ríe.) ¿Por qué se ríe usted?

Uceda Por nada: siga, siga.

M. Is. ¿También ha sido usted capaz de comprar a esa gente? ¡Por Dios, yo le creía a usted!...

Uceda Puede usted estar tranquila, que ni les he comprado, ni soy el bandido Lisandro. El telegrama no llegará porque... la estación es limitada.

M. Is. ¿De modo que a tanto llega su combinación?

Uceda Un pequeño descuido pudo echar por tierra todos mis planes.

M. Is. (Dominándose con esfuerzo.) Se ha propuesto usted conseguir mi deshonra, pero ha olvidado usted un detalle. Andrés sabía que íbamos a salir juntos, y supondrán lo lógico, que ha ocurrido un accidente.

Uceda ... Sí.

M. Is. ¿Qué quiere usted decir?

Uceda Recordará usted que quedamos solos unos instantes.

M. Is. ¿De qué nueva locura ha sido usted capaz?

Uceda Andrés, que la ama a usted...

M. Is. Adelante.

Uceda Ha llegado con toda la inoportunidad posible. El momento era crítico y debía aprovecharlo. Ha empleado él palabras duras, parecía dispuesto a impedir que usted se marchara y no he tenido otra solución que acercarme al árbol... y sacudir.

M. Is. ¿Y qué ha caído esta vez?

Uceda Le he asegurado que nuestras relaciones se harían públicas mañana porque pensaba pedir su mano y anunciar nuestra boda.

M. Is. (Furiosa) ¿Y ha sido usted capaz de tal infamia? ¡Es usted un... canalla! Todo tiene un límite en el mundo, Uceda.

Uceda Tranquilícese, que después de todo no es tan grave lo ocurrido. Sólo usted sabe la verdad. La amo y eran muchos los que pretendían robarme su cariño.

M. Is. ¿Y ha creído usted ganarlo de este modo? ¡Qué error! Ahora conozco a fondo al más antiguo de mis amigos y al más constante de mis admiradores.

Uceda Diga usted la verdad, María Isabel, pero la verdad. ¿Me odia usted?

M. Is. No.

Uceda ¿Me ama usted?

M. Is. No.

Uceda Estoy seguro de que llegará usted a amarme.

M. Is. Lo dudo.

Uceda Cuando sea usted mi esposa...

M. Is. (Rápido.) No llegará ese caso.

Uceda Ya veremos De todos modos, ¿queda la paz firmada?

M. Is. La paz... no; un armisticio.

Uceda ¿Me guardará usted rencor?

M. Is. En absoluto.

Uceda ¿Está usted dispuesta a cenar conmigo?

M. Is. Resignada.

Uceda Me basta por ahora. Piense usted que todo lo ocurrido no tiene la importancia que usted quiere darle, porque usted, y sólo usted, debe conocer la verdad. Para su familia, para los demás, la pana ha sido un hecho real y positivo. (María Isabel calla. El la contempla.) Reflexione usted, y si usted me lo permite, voy a fumar un cigarrillo por ahí fuera y a mandar traer la cesta de provisiones.

M. Is. (Sorprendida.) ¿Qué dice usted?

Uceda Sí; el panier que traíamos detrás del automóvil, ¿pudo usted imaginarse que iba a dejarla sin comida?

M. Is. (Irónica.) En efecto, fuera olvido imperdonable en quien tan hábilmente lo ha previsto todo.

Uceda Mande usted disponer la mesa, que vuelvo muy pronto, digo, si me permite usted... (Señalando la calle.)

M. Is. ¡Ya lo creo!

Uceda (Encendiendo un cigarrillo.) ¿De verdad no me guarda usted rencor?

M. Is. (Genial.) Al contrario, me ha divertido la aventura.

Uceda ¡Más vale así! Con su permiso... (Burlón y amoroso, vase satisfecho de su triunfo. María Isabel queda muy preocupada. Pausa. Entra Hilarín por la derecha.)

ESCENA V

MARÍA ISABEL e HILARÍN

Hil. (Entrando.) ¿No está aquí el señor?

M. Is. Acaba de salir. (Hilarín se dirige al foro.) ¿A dónde va usted?

Hil. Padre me ha encargao que pregunte a ver si puén meter el artomóvil en el corralón de la plaza.

M. Is. Luego le verá usted ahí fuera, pero ahora necesito de usted.

Hil. Pué mandarme la señora tóo lo que guste.

M. Is. ¿Hay alguien en el pueblo capaz de manejar un automóvil?

Hil. (Riendo.) ¡Qué ha de haber, señora, qué ha de haber, si aquí los vemos tan poco! El que suele venir es el hermano del señor Cura, que tiene uno manífico.

M. Is. ¿De modo que el señor Cura tiene un hermano?

Hil. ¡Ya lo creo! Un señor riquísmo, pero vive en Logroño. Al señor Cura le he visto una vez manejando el artomóvil. Es un señor muy estruído.

M. Is. ¿Dice usted que le vió una vez guiar el auto?

Hil. Una vez, sí, señora, y fueron carretera arriba.

M. Is. ¿Dónde vive el señor Cura?

Hil. Ahí al lao, junto a la Iglesia. (Acercándose al foro.) Miérelo usted allí paseando y leendo.

M. Is. ¡Admirable!... ¡Es una idea! ¿Quiere usted llamarle?

Hil. ¿Al señor Cura?

M. Is. Claro; pero por Dios, no le diga dusted a nadie que le he mandao por él.

Hil. Lo que usted me mande, señora.

M. Is. Ruéguele que venga en seguida, que se trata de algo muy urgente. Y si ve usted al caballero que ha venido conmigo, tampoco le diga usted una palabra.

Hil. Como mande la señora.

M. Is. Secreto entre los dos. Vaya usted volando.

(El muchacho, que ha quedado extático ante su belleza, y sorprendido ante la demanda, vase precipitadamente por el foro. María Isabel medita su plan, vuelve al proscenio, saca la llave que Uceda metió en el bolsillo del guardapolvo, y en su cara se dibuja una expresión de triunfo. Por el foro entra el Padre Alonso con su breviario en la mano y casquete. Viste el traje que llevan comunmente los curas en las Rectorías. Tiene unos cuarenta y cinco años, y en su cara se lee bondad e inteligencia. Ella le saluda sonriente y afectuosa. Hilarín viene detras, pero después de acompañarle vase por el foro.)

ESCENA VI

MARÍA ISABEL y el PADRE ALONSO

P. Al. Buenas tardes, señora.

M. Is. Buenas tardes, Padre.

P. Al. El muchacho acaba de decirme que desea usted hablarme urgentemente... y me he apresurado...

M. Is. ¡Ay, no sabe usted cuánto se lo agradezco, Padre!

P. Al. He sabido lo del infortunado accidente...

M. Is. Sí.

P. Al. Deploro lo ocurrido, en particular tan lejos de su casa.

M. Is. En efecto, mi familia estará con verdadera angustia...

P. Al. ¿Y en qué puedo servirla?

M. Is. Siéntese, Padre, se lo ruego. Seré breve, que el tiempo urge...

P. Al. Me tiene enteramente a su disposición.

M. Is. Gracias. He sabido que es usted la única persona de este pueblo que entiende de automóviles.

P. Al. (Muy sorprendido.) Señora... ¿quién ha inventado tal cosa?

M. Is. Me lo ha dicho ese muchacho que le ha llamado a usted. Dijo que su hermano de usted viene a visitarle con alguna frecuencia en su auto.

P. Al. En efecto, sí, señora; algo, algo hay de eso es decir, que viene mi hermano de vez en cuando es absolutamente cierto, pero... lo de saber manejar el automóvil... Alguna vez por curiosidad he querido llevar el volante, pero no me atrevería a ir lejos, y en cuanto a mecanismo interior para arreglar cualquier desperfecto no entiendo.

M. Is. Si el caso es que no hace falta.

P. Al. Y en el pueblo tampoco hay quién...

M. Is. Tampoco hace falta. Usted sabe manejar el volante, luego sabrá usted ponerlo en marcha.

P. Al. Eso no presenta dificultad ninguna.

M. Is. Es cuanto yo deseo.

P. Al. (Muy sorprendido.) Pues a ver, explíquese usted, señora.

M. Is. Puede usted prestarme un servicio que jamás olvidaré.

P. Al. (Que va de sorpresa en sorpresa.) ¿Yo... señora?

M. Is. (Riendo.) Le va a chocar lo que voy a pedirle.

P. Al. No importa, diga usted.

M. Is. ¡Me va en ello la honra, Padre!

P. Al. Señora... es mi deber salvar almas, pero... también honras.

M. Is. ¿Quiere usted?... No se asuste usted.

P. Al. Diga, diga.

M. Is. ¿Quiere usted conducirme a Valdemoral en el auto?

P. Al. (Estupefacto.) ¿Que yo?... Pero, señora, usted... ¿usted sabe lo que pide?

M. Is. Sí, sí, lo sé, y por eso le he dicho que iba a sorprenderle mi proposición, de modo que no me extraña su sorpresa. Es un caso imprevisto, extraordinario, pero muy urgente, Padre, muy urgente.

P. Al. ¿No ha venido usted con un caballero? ¿No ha quedado el coche inutilizado?

M. Is. No; ha sido una farsa hábilmente preparada, he sido víctima de una burla, por eso me interesa ante todo no pasar aquí la noche. En el camino referiré a usted... ¡Pero no puedo perder un minuto, Padre, no puedo! Si vuelve ese hombre mi plan quedará destruído. (Mostrando la llave que sacó del guardapolvo.) ¿Sabe usted lo que es esto?

P. Al. (Examinándola.) Debe ser la llave sin la cual el coche no puede ponerse en marcha.

M. Is Una llave que ha quitado él sin que yo lo advirtiera.

P. Al. ¿Pero quién es ese caballero?

M. Is. Hasta hace poco un amigo. Es un malvado que me ha querido obligar por ese medio a casarme con él.

P. Al. ¿Es usted soltera?

M. Is. Soy viuda, Padre.

P. Al. Comprendo la urgencia y gravedad del caso, y la salvaría a usted con mucho gusto, pero...

hágase cargo de que un sacerdote... en este traje y en automóvil en compañía de una señora...

M. Is. (Tras un instante de reflexión.) Aquí está el guardapolvo de ese caballero: puede usted ponérselo. ¿Quién va a conocerle así?

P. Al. Es que además... no soy experto, y cualquier accidente... ¡No, no, imposible, señora, imposible! ¡Imagínese usted el escándalo si nos ocurriera algo! Se reuniría la gente, y si descubrían que un sacerdote escapa con una señora... Vamos, no es posible. La prensa aprovecharía la oportunidad para poner al clero en ridículo...

M. Is. Podrá usted llevarlo con todo cuidado. ¡Qué importa media hora más: lo importante es salir de aquí! ¡Por Dios, Padre, yo se lo pido, yo se lo ruego, sálveme usted! Mi familia le recibirá muy bien y yo le quedaré eternamente agradecida. ¡Hágalo!

P. Al. Un sacerdote no puede hacerlo. Creo cuanto acaba usted de decirme, pero hace diez minutos que no tenía el gusto de conocerla...

M. Is. Soy hija de le Marquesa de Villalba y viuda de Federico Ruiz Giménez, que murió hace tres años.

P. Al. ¿Luego es usted hija del difunto Marqués de Villalba, que durante varios años representó esta provincia?

M. Is. Exactamente.

P. Al. Su hermano debe ser el actual candidato...

M. Is. Sí; y ahora que sabe usted quién soy, ¿tendrá usted inconveniente en acompañarme?

P. Al. (Eludiendo finamente.) Si de mí dependiera, hace rato que no lo tendría, señora. «Haz bien sin mirar a quién», este es mi lema, pero... me debo a la Iglesia, me debo a mis feligreses y no puedo abandonarlos una noche. ¡Figúrese que alguien necesitara de mí en mi ausencia! ¡Qué responsabilidad tan grande!

M. Is. Esta misma noche, algo tarde, puede usted estar de regreso. Se le conducirá en el auto de mi madre. Y perdone que no me detenga en más explicaciones. Estoy muy impa-

ciente; puede volver ese hombre, y... ¿No se decide usted? ¡Por favor, Padre!... (María Isabel ha cogido el guardapolvo y lo presenta al Padre Alonso con una expresión tal de bondad, angustia y simpatía, que casi le obliga a ponérselo. El, finalmente, lo cuelga al brazo.)

P. Al. ¡Qué remedio si me lo pide usted así! Mi deber es salvar un alma si está en peligro; a él me acojo. ¡Nos encomendaremos a la bondad de Dios... y sea lo que El quiera!

M. Is ¡Gracias, Padre, gracias; no sabe usted el favor que me hace!

P. Al. Voy a avisar que me marcho. ¡Dios mío, qué van a decir mis feligreses mañana!

M. Is. (Con ingenua donosura.) ¡Qué quiere que digan, Padre! Todo lo arreglará usted el domingo desde el púlpito con un sermoncito sobre la salvación de las almas. (Ambos se acercan al foro.) Mírele usted allí con el posadero. ¡No pierda usted momento! Espéreme junto al coche, que iré en seguida

P. Al. ¡Qué es lo que voy a hacer, Dios mío; qué es lo que voy a hacer! (Dice esto marchándose. María Isabel se sienta tranquila y sonriente pensando en su triunfo. Una pausa. Entran por el foro Uceda y Bernardo y traen entre los dos la cesta de provisiones.)

ESCENA VII

MARIA ISABEL, UCEDA y BERNARDO

Uceda Vamos a dejarlo aquí. (Lo hacen.) Ya me tiene usted de vuelta, María Isabel. ¿Tiene usted ya apetito o quiere usted dejarlo para más tarde?

M. Is. No, no; cuanto antes mejor. Después del mal rato que me ha proporcionado usted y de lo que hemos andado, tengo un hambre...

Uceda (A Bernardo.) Puede usted decirle a su mujer que ponga la mesa y que no se apure por la comida, que traemos cuanto haga falta.

Ber. Pues con el permiso de los señores...

M. Is. Vaya usted.

(Vase Bernardo al interior.)

ESCENA VIII

MARIA ISABEL y UCEDA

Uceda (Muy afectuoso.) Parece que ya no está usted tan incomodada conmigo. Esos momentos de reflexión...

M. Is. Ya le he dicho a usted que lo olvidaba todo.

Uceda También he tenido mis remordimientos, no vaya usted a creer.

M. Is. Por Dios, Uceda; ¿remordimientos usted?

Uceda ¿No puedo tenerlos? Mientras daba mi paseíto fumando un cigarrillo, he reflexionado lo bastante para convencerme de que anduve demasiado lejos en mi aventura. El sistema para lograr su amor, realmente ha sido... cómo diré yo, ha sido algo brusco, incorrecto...

M. Is. Indigno de un hombre como usted.

Uceda Ahora lo comprendo y crea usted que lo deploro con toda mi alma, pero... ¡era tan difícil lograr su amor!

M. Is. Ha escogido usted mal camino.

Uceda Olvídelo usted todo y la prometo que en lo sucesivo no tendrá usted queja de mí. Cuántas lo hubieran tomado por lo trágico, con suspiros y lamentaciones, y usted no, usted ha sabido dominarse, reflexionar; sabía que nada iba a ocurrirla... Decididamente es usted una mujer de superior talento. Mi mayor dicha era hacerla a usted mía. Otro más joven que yo pudo lograr su amor y no fué usted feliz con él. Perdone que lo recuerde.

M. Is. Es una realidad triste, pero realidad.

Uceda Jamás él la quiso como la he querido, como la quiero yo, como la querré siempre. ¿Duda usted de que pueda hacerla feliz?

M. Is. Lo dudo y no puedo lanzarme a probarlo. Además, la vida que usted lleva no es apropósito para hacer la felicidad de una mujer.

Uceda Usted puede transformarla por completo.

M. Is. ¡Qué difícil me parece!

(Entra Calixta con mantel, servilletas y cubiertos. María Isabel recoge su guardapolvo y se dirige a Calixta.)

ESCENA IX

DICHOS y CALIXTA por la derecha

M. Is. Puesto que vamos a comer, ¿quiere usted indicarme dónde puedo dejar esto y lavarme un poco?

Cal. (Indicando a la derecha.) Por ahí, señora; en el fondo del pasillo está la habitación que destino a ustedes.

M. Is. (Rápida.) A mí solamente. Al señor le indicará usted otra. (A Uceda, amable.) Hasta ahora... Uceda (Vase sonriente por la derecha.)

ESCENA ULTIMA

UCEDA, CALIXTA y al final HILARIN y BERNARDO

Cal. (Poniendo la mesa.) Como ignoraba que traían ustedes provisiones, he puesto un pollo a asar.

Uceda ¿Y lo ha matado usted ahora?

Cal. Toma, ya lo creo; ahora mismo. ¡Estará fresquismo!

Uceda ¡Estará imposible! Pero no se preocupe usted por la comida, que traemos cuanto haga falta. (Abre la cesta y saca una langosta.) Empezaremos por la langosta. (Saca una botella de Burdeos muy empolvada y otra de champagne.) ¡Aquí está el champagne! Usted no conocerá este vino, pero es exquisito. ¡Lástima que en el pueblo no se encontrara hielo! (Calixta va a limpiar la botella de Burdeos.) ¿Qué va usted a hacer?

Cal. Quitarle el polvo, está tan sucia...

Uceda Déjela usted, es una prueba de antigüedad. (Se oye la puesta en marcha de un auto a distancia. Un instante después se oye la bocina. El auto va alejándose.)

Uceda ¿Qué es esto, otro auto aquí?

Cal. No, señor; serán los chiquillos... (Se acerca al foro.) ¡Cómo!... ¿La señora que se marcha con un caballero?

Uceda (Corriendo al foro.) ¿Qué dice usted?

Cal. ¿Pero quién lo habrá apañao?

Uceda ¡Esto es incomprensible!

Hil. (Entrando por el foro precipitadamente.) ¡La señora acaba de marchar en el artomóvil con el señor Cura! ¡Madre, lo que se han reío tóos en la plaza!

Uceda (Con estupor.) ¡Con el señor Cura! ¡Esto es inaudito! ¿Pero ese hombre sabe?... ¡Cómo no he previsto yo ese cura! (Queda perplejo y furioso dirigiéndose a la silla donde dejó el guardapolvo. Al no encontrarlo, ve destruídos todos sus planes y sonríe irónicamente. Calixta e Hilarín hablan en el foro. Entra por la derecha Bernardo.)

Ber. ¿Pero quién se marcha en el artomóvil?

Cal. (Bajo a su marido.) ¿Qué gente del infierno ha venido hoy a esta casa? ¡La mujer llevándose al señor Cura! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Virgen Santisma, qué gente!

(Bernardo al ver que Uceda se acerca a la mesa, la manda callar. Uceda, vencido y resignado, saca un cigarrillo y sonríe de nuevo. Calixta e Hilarín le miran sorprendidos sin atreverse a hablar. Pausa.)

Uceda (A Calixta.) Ponga usted un cubierto. Comeré solo. (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El salón del primer acto. Son las doce de la noche. Luz artificial en escena, y la terraza y el jardín iluminados por la luna.

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA, VISITACION, MARTA, el CONDE y el GENERAL

Marq.ª (A Visitación.) ¿Pero realmente no ha podido usted averiguar nada?

Vis. Lo que saben ustedes por el propio Andrés. Que Uceda se opuso a que los acompañara; que pidió explicaciones y que acabó por confiarle un secreto, bajo promesa de guardarlo hasta mañana.

Conde Con lo ocurrido, según de lo que se trata, tiene la obligación de revelarlo.

Gen. En eso no estamos de acuerdo.

Conde Pues no debió comprometerse. De todos modos yo creo que Uceda tenía preparada esa salida.

Gen. ¡Conde, por Dios!...

Conde La indisposición repentina del chauffer es de un género tan burdo...

Marta Sigue mejor.

Conde Claro, en cuanto ellos se marcharon se alivió.

Marq.ª Cada momento voy temiendo más que se trata de un accidente.

Vis. ¡Marquesa, no se ponga usted en lo peor!

Marq.ª ¡Ocurren con tanta frecuencia! ¡Imagínense ustedes mi disgusto! Si no conociera a mi hija creería en una fuga, como dijo el Conde.

Conde Las circunstancias que rodean esa excursión son algo misteriosas.

Marq.ª Considero a mi hija incapaz de cometer semejante locura, pero es tan ligera y le gusta tanto la originalidad.

Vis. María Isabel no es una niña y alguna experiencia tiene de la vida.

Marq.ª ¡Sí, pero nada hay peor que la incertidumbre!

Gen. De haber ocurrido un accidente de importancia, suponiendo, como cabe suponer, que no han ido lejos, se sabría a estas horas. ¿Quién puede evitar una pana?

Marta ¡Son muchas horas!

Marq.ª No habiendo ido muy lejos podían mandar un propio o regresar en el tren... ¡Es muy raro, muy raro!

Conde Opino como usted, Marquesa.

Gen. ¡Pues yo no, qué diantre! Hay que contar siempre con lo imprevisto; sobre todo, no aventuremos juicios. Andrés ha ido en busca de noticias y Jorge, Luciano y Rosarito, recorren en auto los pueblos vecinos.

Marta No pueden tardar.

Marq.ª Agradezco a todos sus esfuerzos por tranquilizarme, pero esa hija mía, con su carácter, me dará muchos disgustos.

Gen. Dudo que Uceda sepa manejar bien un automóvil y conozca su mecanismo, y en estos alrededores no hay quien pueda arreglar cualquier desperfecto.

Marq.ª ¡Hasta hace un par de horas la ira me dominaba, el temor de un accidente... ahora andan revueltas en mi imaginación tantas ideas, tantos temores... ¡Dios quiera que ninguno se confirme!

ESCENA II

DICHOS y ANDRES por la derecha

Marta ¡Andrés!

(Todos se levantan al verle.)

Marq.ª ¡Gracias a Dios que vuelve alguien!

Gen. ¿Hay noticias?

And. Algo se sabe.

Marq.ª ¡Cuente usted, cuente usted, Andrés, que estoy ansiosa...!

Marta ¿Acaso un accident :?

And. Un accidente, sí; pero sin importancia. No teman ustedes por María Isabel.

Marq.ª Explíquese usted.

Marta ¡Estamos tan impacientes!...

And. Tras mucho preguntar, he hablado casualmente con una persona recién llegada a Romeral.

Marta ¿Les ha visto?

And. Ignoro de quién se trata, pero se sabe que un auto, en el que iban dos personas, ha chocado en una curva contra un desmonte. Por fortuna no llevaba velocidad; sin embargo, de momento, el coche ha quedado inutilizado, sin que las personas que iban en él hayan sufrido lesiones de importancia.

Conde ¿Dónde dice usted que ha ocurrido eso?

And. A la entrada del pueblo de Romeral.

Marq.ª Hay que salir en seguida a buscarles.

Marta ¿Tiene usted seguridad de que son ellos?

And. Seguridad ninguna, pero es lógico que lo sean.

Marq.ª Sí, sí; hay que salir en su busca...

Marta Sí; ¿pero cómo? Nuestro auto no ha regresado...

And. Yo les aconsejo calma. Si en efecto se trata de María Isabel, sabiendo que nada ha ocurrido, ella volverá y es lo problable que el auto de ustedes...

Marq.ª ¿Y si no sucediera así?

Vis. Tiene razón la Marquesa.

Marta Puede ir el coche...

And. Hay un detalle que de momento no he querido decir, pero que obliga a aconsejar calma.

Marq ª ¿Cuál?

And. Por las señas recogidas de quien ha referido el accidente, María Isabel no regresaba en compañía de Uceda.

(Sorpresa general.)

Conde ¿Cómo?

Marq.ª ¿Qué dice usted?

Marta ¡No nos oculte usted nada, Andrés!

And. Es que la cosa es tan absurda...

Marq.ª ¡Las ideas de mi hija suelen serlo tanto!

And. Lo repetiré sin responder de su veracidad.

Conde No importa, diga usted.

And. Afirmó ese hombre que en el coche iba una señorita cuyas señas coinciden con las de María Isabel, en compañía de un sacerdote.

(Sorpresa más acentuada que la anterior. Todos cambian miradas.)

Marq.ª (Rápido.) ¡Jesús!

Vis. ¡Qué rareza!

Marta ¡Eso es absurdo!

Conde ¿De un sacerdote?

Gen. Será una calumnia de esa gente.

And. Así se aseguraba en Romeral.

Conde Lo peor es que se habrá interpretado en sentido poco favorable a los dos.

Marq.ª (Casi llorosa.) ¡Esa hija mía, esa hija mía, me matará a disgustos!

Gen. No haga usted caso, que esos son chismes inventados por gente poco culta, que aprovecha cualquier oportunidad para poner al clero en ridículo.

Conde No es fácil confundir a Uceda con un sacerdote.

Gen. Conde, le ruego que no aventuremos juicios.

Marta De todos modos mandaremos el coche...

Marq.ª Sí, es lo mejor. De aquí a Romeral habrá una hora. Los caballos son buenos... Hija mía, manda que enganchen...

And. Yo iré a buscarles.

Marq.ª Gracias, Andrés. ¡No sabe usted cuánto lo agradezco!

And. Nada tiene usted que agradecerme, Marquesa. (Vase.)

ESCENA III

DICHOS menos ANDRES. En seguida un CRIADO

Gen. Acompañaré a Andrés.

Conde Yo puedo ir también...

Gen. Van a quedar solas las señoras...

Criado (Entrando.) El boticario y su señora vienen preguntando por la señorita y desean ver a la señora Marquesa.

Marq.ª No quiero recibirles en el estado de nerviosidad en que me encuentro. Sal tú, Marta.

Marta Voy, mamá. (Vanse Marta y el Criado.)

Marq.ª ¡Mañana se habrá enterado ya todo el pueblo!

ESCENA IV

DICHOS y ANDRES. En seguida ROSARITO, LUCIANO, MARIA ISABEL, JORGE y el PADRE ALONSO

And. No es necesario salir en su busca: están aquí.

Marq.ª ¿Viene María Isabel?

And. Viene, Marquesa.

Marq.ª ¡Ay, gracias a Dios!

(Andrés queda hablando con la Marquesa y Visitación. El Conde y el General salen a la terraza. Mucha animación en esta escena.)

Ros. (Muy alegre.) Ya la tiene usted aquí, Marquesa. (A Visitación.) ¡Hola, mamá!

Luc. (Entrando.) ¡Ya está aquí María Isabel!

Marq.ª ¿Y nada ha ocurrido?

Luc. Nada, pero... pudo ocurrir. Ha sido una verdadera aventura, y a pesar de tu carácter, vas a perder la seriedad por unos momentos y a reirte con nosotros.

Marq.ª ¡Dudo que eso pueda hacerme gracia a mí!

(Aparecen en la terraza María Isabel, Jorge y el Padre Alonso. El Conde y el General les saludan.) ¿Quién es ese caballero que les acompaña?

Ros. El padre Alonso.

Luc. (Rápido.) Un sacerdote buenísimo que acompaña a mi hermana.

Marq.ª ¿Que la acompaña? ¿Pero qué es lo que ha ocurrido?

Luc. No te apures, mamá, que todo lo sabrás.

Marq.ª ¿Dónde está Uceda?

Luc. (Mirando a Rosarito y echándose a reir.) ¿Uceda?... María Isabel te lo contará.

(Entra en escena María Isabel, muy alegre por hallarse entre los suyos, estrecha la mano a Visitación y besa y abraza efusivamente a la Marquesa, que la recibe llorosa y con cierta frialdad. Los demás personajes

entran y animan la escena con preguntas y comentarios.)

M. Is. ¿Qué tal, señora? ¡Mamá, mamá, al fin estoy con ustedes! ¿Qué tienes, no te alegra el verme?

Marq.a ¡Sí, hija, pero es tan grave lo que has hecho!

M. Is. ¿Grave? Cuando te explique... Deploro el disgusto que os habréis tomado... pero no tiene remedio. ¡Alégrate, que ya me tienes aquí!

Vis. Alégrese, Marquesa, que por fortuna ha salido ilesa del accidente.

M. Is. Voy a presentar a mi buen acompañante. Ya ven ustedes que no pude venir en mejor compañía. (Presentando.) El Padre Alonso, un sacerdote ejemplar, a quien debo el hallarme entre ustedes en estos momentos. Mi madre; el Conde de Arenzana; el General del Valle y su esposa, padres de Rosarito, y don Andrés del Valle, capitán de caballería. (El Padre Alonso saluda cariñosamente.) ¿Y Marta? ¿Dónde está Marta?

Vis. Con el boticario y su señora, que han venido a interesarse por usted.

Conde ¿Y dónde está Uceda?

M. Is. En Peñalar.

Gen. ¿Cómo, a Peñalar fueron ustedes?

Conde ¡Eso está muy lejos!

ESCENA V

DICHOS y MARTA, por la izquierda

M. Is. (Abrazándola.) ¡Marta!

Marta ¡Gracias a Dios, no sabes el mal rato que nos has dado!

M. Is. ¡No sabes tú el que me he llevado yo!

Marta Mamá está pasando un disgusto por tu culpa.

M. Is. No hay que apurarse, que ya estoy aquí.

Marta ¿No te ha ocurrido nada?

M. Is. A mí no. (Presentando.) El Padre Alonso: mi hermana.

P. Al. Señora... No me extraña su sorpresa, ni la de todos ustedes al verme aquí y en este traje. Su esposo, señora, su hermano y esa señorita, conocen las causas de mi presencia en esta casa. María Isabel lo referirá con todos sus detalles. Sólo lamento que mi inexperiencia en el manejo del volante, haya motivado un accidente del que por fortuna hemos salido ilesos.

M. Is. Usted no, Padre.

P. Al. (Mostrando la mano envuelta.) Esto no tiene importancia. Demos gracias al Señor, que nos ha sacado con bien, y cumplida mi misión, con mayor voluntad que éxito, dejo a ustedes, si como su hija me ha ofrecido, señora Marquesa, me permite usted regresar en su automóvil.

Marq.ª Ya lo creo. Pero antes desearía saber...

M. Is. Todo lo sabrás, mamá, pero... el señor Cura no ha tomado nada en Romeral y viene fatigado...

P. Al. Muchas gracias, no puedo detenerme...

Marq.ª No faltaba más, pasará usted al comedor...

Luc. No puede usted marcharse así.

P. Al. Precisa que cuanto antes...

M. Is. Es inútil; el Padre Alonso no se marcha sin tomar algo; Jorge y Luciano le acompañarán.

Luc. Sí, sí, vamos.

Jorge ¿Y tú, María Isabel?

M. Is. Luego.

Luc. Venga nsted, Padre Alonso.

P. Al. Quedo reconocidísimo, pero quisiera llegar cuanto antes... Si mis feligreses necesitaran de mí...

M. Is. (En chanza.) Sus feligreses aguardarán media hora...

Luc. A ver si usted, Rosarito...

Ros. Sí, sí, venga usted, Padre...

Marq.ª Entre tanto mi hija nos referirá...

P. Al. Con el permiso de la señora Marquesa...

(Luciano, Jorge y Rosarito se llevan al Padre Alonso. Andrés les sigue.)

Marq.ª Habrá que avisar al chauffer...

M. Is. Lo sabe ya.

ESCENA VI

MARQUESA, MARÍA ISABEL, MARTA, VISITACIÓN, el CONDE y el GENERAL

Conde Impacientes esperamos saber lo ocurrido.

Marq.ª María Isabel, no encuentro palabras con qué afear tu conducta, con qué expresarte mi indignación.

M. Is. ¿Indignación por qué?

Marq.ª ¿Acaso te parece natural lo que has hecho?

M. Is. Yo creí que quedarías satisfecha al verme llegar en compañía de un sacerdote.

Conde Su mamá de usted no encuentra lógica esta salida, y a ella como a todos nosotros nos gustaría oir las explicaciones que, en su nombre, nos ha ofrecido el señor Cura.

M. Is. (Molesta.) Permítame que le diga, Conde, que no tengo por qué dar pública explicación de mis actos.

Marq.ª (Rápido.) María Isabel, ¿qué es esto?

Conde Perdone usted, ignoraba que tuviera usted motivos para ocultar..

M. Is. No los tengo.

Marq.ª Pues habla, no me atormentes más.

Conde Yo me retiro.

Marq.ª De ningún modo, Conde, quédese usted.

Conde La ruego, Marquesa, que no insista. Voy a arreglar mi equipaje, mañana dejo a ustedes.

Marq.ª No, no, mi hija dará explicaciones...

Conde Es inútil: tenía este propósito Hasta mañana. (Saluda y vase por la izquierda.)

Gen. Nosotros también nos retiramos...

Marq.ª Ustedes son buenos amigos y deben quedarse.

Vis. Es muy tarde. Rosarito nos referirá...

Gen. Vamos a despedirnos del Padre Alonso. Hasta mañana. ¿Vamos, Visitación? (Vanse por la izquierda.)

ESCENA VII

MARÍA ISABEL, la MARQUESA y MARTA

Marq.ª (Furiosa.) ¡No comprendo lo que te has propuesto!

Marta Por favor, no te incomodes, mamá.

Marq.ª ¿Que no me incomode? ¡Negarse a dar una explicación! ¿Qué van a decir nuestros vecinos? ¿Qué va a decir el Conde a quien has ofendido groseramente, comprometiendo la elección de Luciano?

M. Is. Tranquilízate, que no me niego...

Marq.ª ¿Has perdido la razón, o crees que la he perdido?

M. Is. No, mamá, ni mucho menos. Soy viuda, soy libre, y si algunas veces obro por capricho o con ligereza, al darme cuenta, sé colocarme en el lugar que me corresponde.

Marq.ª No tolero que me emplees ese tono.

Marta ¡Déjala!

M. Is. Tu actitud es exagerada y algo injusta también. Llego a esta casa después de un accidente, por fortuna sin consecuencias, rendida, ansiosa por veros, por abrazaros.. ¿y todos me recibís así? ¿Tú crees que si algo malo hubiera hecho, volvería con la frente alta, alegre y sonriente y en compañía de un sacerdote? ¿Nada te dice esto? ¿Nada te dice a ti, Marta? ¿Por qué ese empeño en que mi explicación fuera pública? A vosotros la debía antes que a nadie: a mi familia, a los míos. Pero Marta me recibe con ceño adusto...

Marta No es cierto.

M. Is. ¿A qué vamos a discutir? El Conde se encara conmigo sin derecho alguno, y por fin, tú, mi madre, me reprendes en presencia de todos y me exiges inmediatas explicaciones. He cometido una ligereza, pero soy siempre una mujer honrada.

Marq.ª ¿Si nada a ocurrido, a qué tanto misterio? ¿Por qué te marchaste con Uceda? ¿Por qué no has vuelto con él?

M. Is. Porque me llevó engañada.

Marq.ª ¿Y dónde está ese hombre funesto?

M. Is. En Peñalar. He logrado convencer al señor Cura para que me trajese y allí quedó él burlado, furioso, porque le ha salido mal su aventura.

Marq.ª ¿Y eso no podías decirlo públicamente?

M. Is. He creído más lógico que antes lo supieras tú. Soy alegre, soy loca, pero con todas mis locuras y con todas mis alegrías, soy más feliz que vosotras con vuestra seriedad. La seriedad para los viejos, para los que acaban la vida; en los jóvenes, alegría, mucha alegría. Ya conocéis ahora lo sucedido, mañana referiré todos sus detalles. Y ahora, mamá, puedes ir al comedor y rogarle al Padre Alonso, que en presencia de todos, confirme lo que acabas de oir.

Marq.ª ¿No vienes tú?

M. Is. No; me ha llamado la atención el silencio de Andrés y quiero hablarle. Mañana se marcha...

Marta Ya sabemos que te quiere, y tú...

M. Is. Entre él y el Conde...

Marq.ª Andrés no tiene posición; ¡fuera locura!

M. Is. ¿Crees tú que el dinero es lo único que da la felicidad?

Marq.ª No quiero emprender nuevas discusiones. Vámonos, Marta.

(Vanse por la izquierda.)

ESCENA VIII

MARÍA ISABEL, sola; en seguida ANDRÉS

M. Is. (Tras una pausa.) ¡Por qué todos los hijos no encontrarán el mismo cariño! (Queda un instante pensativa, luego cambia de expresión, se quita el sombrero y el guardapolvo y se dirige a la terraza a respirar aire puro, iluminándola la luna. Entra Andrés, y al no verla, dirige una mirada al jardín.)

And. Me ha dicho Marta que desea usted hablarme.

M. Is. (Entrando.) Sí. Su actitud me ha sorprendido, le he visto indiferente a mi llegada y quisiera saber a qué debo atribuirlo. (Andrés calla.) Responda usted.

And. Si no me quería usted, ¿a qué engañarme? ¿Por qué ha querido usted jugar conmigo? Uceda y usted, de acuerdo probablemente, se han burlado de mí esta tarde, y ya comprenderá usted que no puedo perdonarlo.

M. Is. ¿Me culpa usted?

And. Acabábamos de celebrar una entrevista agradabilísima, que no solicité, pero que esperaba ansioso. No he querido hablar y casi me ha obligado usted a hacerlo. Ha oído usted mi declaración con respeto, con simpatía, me atreveré a decir... con emoción. ¿Es cierto, María Isabel?

M. Is. Ciertísimo.

And. La llegada de su madre de usted ha interrumpido la conversación sin que lograra alcanzar su respuesta ¿No era todo eso motivo para creer que no le era a usted indiferente, que tarde o temprano llegaría a verme correspondido?

(Pausa.)

M. Is. Acabe usted.

And. Momentos después aceptaba usted a Uceda por esposo. (María Isabel sonríe.) No extrañará usted, pues, mi indignación, es muy disculpable Yo bien sé que no tengo fortuna, que mi porvenir se reduce a alcanzar muy viejo ya, el entorchado de general, por esto dudaba, por esto no me hubiera atrevido nunca a pedir su mano. Usted me alentó a ello, me obligó a hablar y hablé. La he querido a usted y la quiero aún, pero yo la prometo que de mis labios no saldrá jamás otra palabra de amor.

M. Is. ¿Ha concluído usted?

And. Sí. Esta entrevista pudiera hacer sospechar que existe algo entre los dos y quiero evitarlo. (Hace ademán de marcharse)

M. Is. No se marche sin responderme. ¿Quién le ha dicho a usted todo eso, o dónde lo ha forjado usted?

And. El propio Uceda me lo confesó en secreto.

M. Is. ¿Y si le dijera a usted que no es cierto?

And. No puedo dudar de la palabra de un caballero.

M. Is. ¿Y de la mía puede usted dudar?

And. ¿Luego usted afirma que Uceda me ha engañado?

M. Is. Nos ha engañado a los dos.

And. (Muy molesto.) Entonces sé lo que debo hacer. Si ha sido usted víctima como yo...

M. Is. Lo he sido.

And. Si no ama usted a ese hombre.... yo la prometo vengar ese ultraje.

M. Is. (Rápido.) ¿Con qué título? (Andrés calla. Ella se echa a reír.) ¡Por Dios, Andrés, no curará usted nunca! ¡Todo lo convierte usted en drama! Si fuera usted autor dramático tendría usted al público en constante zozobra. ¿Por qué toma usted así la vida? Uceda ha obrado con una osadía sin límites. Engañada me sacó de esta casa, engañada me llevó a Peñalar, fingiendo una pana, que sólo existía en su imaginación. Celoso de usted, celoso del Conde, intentó una aventura de la que debe estar arrepentido.

And. Si es así buscaré a Uceda y le pediré cuenta de su ofensa de usted y de la mía.

M. Is. Le prohibo que en mi nombre...

And. ¿Luego le ama usted?

M. Is. No.

And. ¿Por qué no me quiere usted, María Isabel?

M. Is. (Tras una pausa.) ¿Quiere usted que le diga la verdad?

And. Sí.

M. Is. Porque usted y yo no viviríamos felices nunca.

And. ¿Qué motivos tiene usted para pensarlo?

M. Is. No comprendemos la vida del mismo modo. Usted es celoso, muy celoso, lo sé, tiene usted cierto orgullo que no sabe ocultar, es usted excesivamente serio, no ríe usted casi nunca, y yo... soy tan distinta... Ahora mismo si tuviera usted delante a Uceda... Yo soy toda alegría, usted... todo lo contrario. Para vivir felices, tendríamos que imponernos un cambio tan radical en nuestra vida, que, la verdad, no me siento con fuerzas para resignarme a ello.

And. Obré con ligereza al hablar como lo hice.

M. Is. No; fué usted sincero, dejó usted hablar al corazón. Por esto he dejado hablar al mío.

And. ¡A las mujeres no se las conoce nunca!

M. Is. (Sonriente.) Nuestro corazón es un misterio para nosotras mismas. Creemos amar a un hombre, y de pronto, surge lo imprevisto, se esfuma el misterio, aparece nuestro otro yo, el que estaba oculto, y lo transforma todo.

And. ¿Y lo imprevisto es que ama usted a Uceda?

M. Is. No lo sé. Mentiría si dijera que sí. Uceda ha sido un adorador constante a quien jamás tomé en serio, usted lo sabe. Esta misma tarde, cuando se declaró por centésima vez, me reí también. Jamás soñé que pudiera llegar a ser mi esposo, ahora... no lo sé.

And. ¡Pronto ha cambiado usted de opinión! ¡Qué inscontante es usted!

M. Is. He querido ser franca también y hablar a tiempo.

And. Lo prefiero y lo agradezco. Comprendo que Uceda tiene para usted mayores encantos. Es rico, es elegante, es distinguido, su conversación es amena, ha viajado, es osadísimo... Los hombres como yo no sirven para conquistar ciertos corazones, nos falta... atrevimiento Y, ahora, perdóneme usted, mis tíos iban a salir...

M. Is. ¿De modo que en lo sucesivo no seremos buenos amigos?

And. (Disimulando su molestia.) ¿Por qué no? Si después de todo lleva usted razón. ¡Es tan difícil ser feliz en el matrimonio! ¡Los caracteres se disimulan, pero no se cambian nunca! ¡Usted con el suyo a divertirse siempre; yo con el mío... a olvidar! (Vase por la izquierda. María Isabel recoge sombrero y guardapolvo y entra Uceda por la derecha.)

ESCENA IX

MARÍA ISABEL y UCEDA

M. Is. (Muy sorprendida.) ¿Quién?... ¿Uceda?... ¿Usted... usted aquí? ¿Qué significa esto?

Uceda (Tranquilo.) ¡Ya lo ve usted!

M. Is. ¿Pero cómo ha regresado usted?

Uceda Es algo difícil explicarlo, porque... yo mismo no lo sé. Tomando en una estación un mixto que me ha traído a Valdemoral.

M. Is. ¿Viene usted a vengarse?

Uceda (Afectuoso.) No, señora Eso sí que no fuera justo. ¡Qué poco me conoce usted! Vengo por el contrario, a proclamarla genio sublime, a cantar la palinodia y... a ofrecerla a usted mi mano.

M. Is. (Riendo.) ¿Otra vez? ¡Vamos, es usted infatigable!

Uceda Soy constante. Pobre porfiado... Resueltamente, me ha vencido usted, señora, me ha humillado usted ante todo un pueblo—¡que no es poco lo que se han reído de mí!—y me ha enseñado usted a tomar las cosas con filosofía. Cuanto me ha ocurrido, es justo pago de mis culpas.

M. Is. ¡Qué decepción! ¡Y yo que le creía furioso, loco de ira al encontrarse conque el pájaro había volado llevándose el coche!

Uceda Fué un instante no más, pero... le aseguro a usted que he cenado tranquilamente, he comprendido que es usted una mujer de superior talento, y en un vehículo, de algún modo hay que llamarle, he ido a alcanzar el tren.

M. Is. ¿Y cómo se ha atrevido usted a volver a esta casa?

Uceda Al llegar, me he enterado del percance...

M. Is. Sabrá usted que el auto ha quedado en muy mal estado...

Uceda No lo sé, ¿pero qué importa si en ello no ha sufrido daño alguno mi buena amiga?

M. Is. Todo lo previno usted, pero... olvidó usted la llave en el guardapalvo.

Uceda Jamás pude imaginar que el párroco de un pueblecillo supiera manejar un auto Fué una imprevisión, lo confieso.

M. Is. (Riendo.) Con lo imprevisto hay que contar siempre.

Uceda ¡La verdad es que... que me la ha jugado usted serrana!

M. Is. ¿Y usted a mí?

Uceda También. ¿Y qué dice su familia? ¿Qué dicen todos?

M. Is. Furiosos contra usted.

Uceda ¿Luego saben la verdadera causa?

M. Is. Naturalmente, hombre, naturalmente. ¿Cómo iba a ocultarla si quedaba usted allí?

Uceda Ya me ha castigado usted lo bastante Otórgueme usted su mano y así consentirán en perdonarme los demás.

M. Is. Pero .. ¿uste sabe lo que dice? ¡Vamos!... ¡Ya es frescura la de usted! ¡Insistir todavía!

Uceda ¿Qué le cuesta a usted pronunciar el sí?

M. Is. Mucho; y por ahora...

Uceda ¿Venció Andrés?

M. Is. (Con coquetería.)¡Quién sabe!

Uceda De todos modos, aunque no acepte usted mi mano, mi deber de caballero me impone pedirla en presencia de todos.

M. Is. Pues ya sabe usted lo que voy a responder.

Uceda ¡Qué remedio! Después de todo he de acatar su voluntad ¿Dónde están?

M. Is. En el comedor, con el Padre Alonso. Pero .. creo que ya vienen. No olvide usted lo convenido ni se haga usted ilusiones Usted pide y yo niego ¿Convenido?

Uceda Convenido. ¡Qué cruel es usted!

ESCENA ULTIMA

DICHOS. LA MARQUESA, MARTA, el PADRE ALONSO, JORGE y LUCIANO

Marta (Con verdadera sorpresa.) ¡Uceda! (Sorpresa general.)

Marq.ª ¿Qué es eso? ¡Qué atrevimiento! ¿Usted aquí, Uceda? ¿Usted aquí después de lo ocurrido? ¿Cómo se atreve usted?

Luc. ¿Pero no quedaste en Peñalar?

Uceda Me he enterado del percance y he venido a saber...

Marq.ª ¡Lo que ha hecho usted es incalificable! Ha abusado usted de nuestra confianza.

Uceda Marquesa, yo deploro vivamente ..

M. Is. Mamá, Uceda es un caballero y ha venido a cumplir su ofrecimiento. (A Uceda.) Antes quiero presentarle a mi acompañante. El Padre Alonso, párroco de Peñalar. Don Fernando de Uceda.

P. Al. Caballero...

Uceda Tengo sumo gusto...

P. Al. El gusto es mío. He de rogarle que me perdone si mi inexperiencia..

Uceda ¡Por Dios, no hable usted de eso! He reconocido mi falta y vengo en caballero, a solicitar de la Marquesa, la mano de su hija.

Marq.ª Lo que María Isabel ha referido y nos ha confirmado el Padre Alonso, no es motivo para que dé usted ese paso. Comprenderá usted que en esta casa no cuenta usted con generales simpatías, y me figuro que mi hija no ha pensado en darme un nuevo disgusto. De todos modos es libre y ella es quien en último caso debe decidir.

M. Is. ¡Gracias a Dios que reconoce usted mi libertad! Pues bien, Uceda; si se decide usted a aceptar por esposa a una mujer frívola, coqueta, gastadora... pero honrada siempre,—y esto le consta—, esta es mi mano. (Estupefacción en la Marquesa, Marta y el Padre Alonso. Alegría en Luciano y Jorge.)

Marq.ª ¿Qué?...

Uceda (Loco de contento.) ¿Pero... pero es cierto, María Isabel? ¿No habíamos quedado.. ?

M. Is. Sí.

Uceda ¿Y acepta usted?

M. Is. ¿Lo imprevisto, verdad?

Uceda ¡No, no, lo deseado!

Marq.ª ¡Una locura!

Marta (Aparte a Jorge.) ¿Te alegras tú?

Jorge ¡Ya lo creo!

Marta No tienes ni sentido común.

Uceda Yo la prometo, Marquesa, que su hija será feliz.

Marq.ª ¡Lo dudo! ¡Con usted lo dudo!

Uceda Yo me encargo de convencerla de su error. (Luciano abraza a Uceda.)

Marta ¡La verdad, hermana, no lo esperaba!

M. Is. ¿Verdad que no? Ha surgido... lo imprevisto. ¿Dónde están nuestros vecinos?

Marta Acaban de marcharse.

Luc. (A María Isabel.) Te felicito, y pronto tendrás ocasión de felicitarme tú, porque también he decidido casarme.

Marq.ª (Alarmada.) ¿Qué dice ese loco?

Luc. Sí, con Rosarito.

Marq.ª ¡Vaya, menos mal!

M. Is. Eso sí que estaba previsto.

P. Al. Felicito a todos porque la aventura ha tenido buen fin; pero no puedo determe ni un minuto más. Gracias por sus atenciones, señora Marquesa; gracias a todos.

Marq.ª Ya sabe usted que esta es su casa. (El Padre Alonso se despide de todos. María Isabel y Uceda han hablado en voz baja.)

M. Is. Un momento, Padre.

P. Al. Señora... ¡que estoy faltando a mis deberes!

M. Is. Uceda y yo queremos pedirle un favor.

P. Al. Concedido... no siendo que me quede.

M. Is. Que bendiga usted nuestra unión.

P. Al. Con mucho gusto.

M. Is. Y que en recuerdo de este día, se celebre la boda en la Iglesia de Peñalar. (Mucha animación en este cuadro. *Telón.)*

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Alejandro P. Maristany

El Príncipe Sergio, drama en cinco actos, traducido del francés.
La confusión, comedia en cuatro actos, traducida del alemán.
Romper el hielo, comedia en un acto.
Barrer para adentro, comedia en un acto. (Segunda edición.)
La juventud, comedia en tres actos, traducida del francés.
La múñeca eléctrica, juguete cómico en tres actos.
Los de Belmonte, alta comedia en cuatro actos.
Tratado de paz, boceto de comedia en un acto.
Sólo para hombres, monólogo en prosa y verso.
Los hipócritas, comedia dramática en cuatro actos, traducida del inglés. (1)
Las máscaras, comedia dramática en cuatro actos traducida del inglés. (2)
Las murallas de Jericó, alta comedia en cuatro actos, traducida del inglés. (Tercera edición.)
La muñeca eléctrica, juguete cómico en dos actos (refundido).
El magistrado, farsa cómica en tres actos y cuatro cuadros, arreglada del inglés.
Los manirrotos, juguete en un acto.
La hija, comedia en cuatro actos, traducida del francés. (3)
El triunfo de los filisteos, comedia satírica en tres actos, traducida del inglés. (1)
Los embusteros, comedia en cuatro actos, traducida del inglés. (1)
El ángel rebelde, comedia en tres actos.
La mujer del arquitecto, comedia en tres actos, arreglada del francés. (3)
Los regalos, entremés en un acto.
La conquista del amigo, diálogo en prosa.
El rey del acero, drama en cuatro actos, arreglado libremente del inglés.
Las dos escuelas, comedia en tres actos, arreglada del francés y refundida.
La audaz aventura, comedia en tres actos.

---

(1) En colaboración con D. Salvador Vilaregut.
(2) Idem con D. J. Fabré y Oliver.
(3) Idem con D. Eduardo Giraudier.

Precio: DOS pesetas